

## SERVIR A BUENOS.

## COMEDIA

## DE LOPE DE VEGA CARPIO.

*Hablan en ella las personas siguientes.*

El Rey de Francia.	***	Cárlos, niño.	***	Silvio, villano.
Cesar.	***	Lisarda.	***	Laura, villana.
El Conde Arnaldo.	***	Celia, criada.	***	Dionís.
Cárlos.	***	Fenix.	***	



## ACTO PRIMERO.

*Salen el Rey Ludovico y Cesar.*

**R**ey. Por eso del alma sale,  
Cesar, á la lengua amor.  
Ces. No hay pena, invicto señor,  
que con la de amor se iguale.  
Rey. Ni consuelo en su tristeza,  
como un amigo fiel  
para amor.  
Ces. Hablando en él  
descansará vuestra Alteza.  
Rey. Quanto os dixere, guardadlo  
con llave en el corazón,  
es de mi mal la ocasión,  
su hija del Conde Arnaldo.  
Ces. Hermosa dama.  
Rey. Yo pienso, que estudió naturaleza  
la estampa de su belleza,  
no por instrumento inmenso  
de aquel poder soberano;  
mas hablando á nuestro modo,  
porque parece que en todo

puso cuidado su mano.  
Ces. Vuestra Alteza se rindió  
justamente á la mas bella  
dama de París.

Rey. Si en ella  
el alma deposita  
mis potencias y sentidos,  
justos fuéron sus despojos,  
pues el gusto de mis ojos  
aprobaron mis oidos.  
Para amar y no sentir,  
hermosura puede haber,  
mas como es engaño el ver,  
es desengaño el oír.  
Esto, Cesar, asegura  
mi elección y pensamiento,  
pues quiso su entendimiento,  
competir con su hermosura.  
Y son los dos tan iguales,  
que en la perfección que víeron,  
su nombre á Fenix pusieron  
los pinceles celestiales.  
Mi pena es ver que su estado  
no sé si dará lugar  
á que pudiese intentar  
lo que tengo imaginado.

Pienso que Fenix, que tiene este nombre con razon, conoce ya mi pasion, tanto á declararse viene. Y os juro que solicito mi resistencia de forma, que lo que la vista informa, aun apénas le permito. Pero en llegando á mirar, es amor tan bachiller, que lo que piensa esconder, eso viene á declarar. No sé si haberme entendido, á Fenix causa le ha dado para haberse retirado, por dicha mi engaño ha sido, á una aldea donde tiene hacienda el Conde.

*Ces.* No hará, que el tiempo ocasion le da.

*Rey.* A veces el Conde viene á París, y le pregunto como se halla, y muy gustoso alaba un monte famoso, y á su verde falda junto un rio, donde se mira vanaglorioso de sí, y que se entretiene allí, pesca en uno, en otro tira. Y aun me convida tambien á pasar allí algun dia, lo que hoy aceptar querría, que si mis ojos no ven á Fenix, no hay que pensar, que tenga el alma sosiego.

*Ces.* Pues, señor, partamos luego con la ocasion de cazar, donde sin ser entendido la puedas hablar y ver.

*Rey.* Sí, pero cómo ha de ser? porque pienso que ha tenido Lisarda, á quien yo servia, zelos de Fenix.

*Ces.* Lisarda olvidada te acobarda?

*Rey.* Amor, Cesar, la tenia, que Lisarda le merece, ví á Fenix, mudóse amor

de donde tuvo favor,  
á donde sin él padece.

*Salen Lisarda dama, y Celia criada.*

*Lis.* No me dexan sosegar,  
Celia, los zelos.

*Cel.* Advierte,  
que está aquí el Rey.

*Rey.* De qué suerte  
puede venirse á causar,  
que en nombrando una persona,  
se ofrezca á la vista luego.

*Lis.* Ménos satisfecha llevo  
despues que el Rey se apasiona  
tanto hablando en Fenix.

*Cel.* Creo,  
que la debe de querer.

*Lis.* Así de amor suele ser,  
Celia, inconstante el deseo.  
Señor?

*Rey.* Hablaros queria,  
Condesa, y pienso que ha sido  
mi amor el que os ha traído.

*Lis.* No fué sino dicha mia,  
el venir en ocasion  
que vuestra Alteza me mande  
en que le sirva.

*Rey.* Es tan grande  
para mí la obligacion  
en que me pone, Lisarda,  
vuestro favor, que aun por breve  
ausencia amor no se atreve,  
y vuestra licencia aguarda.

Voy á cazar á una aldea,  
que Arnaldo me ha convidado  
á un monte, á un ameno prado,  
que un rio humilde pasea  
con pies de cristal, á quien  
guarnece de varias flores,  
cuyas distintas colores  
en sus espejos se ven.

Yo por llevar mis tristezas,  
adonde huyendo de mí,  
me olvide de que nací;  
sujeto á sus asperezas,  
voy á no ser lo que soy  
algun dia, en que descanse.

*Lis.* Que vuestra Alteza se cansé,  
culpa á los cuidados doy.

Que el peso de su pesar,  
aunque estriva en su grandeza  
puede obligarle á tristeza.

*Rey.* Voy en fin, á descansar,  
con divertirme Lisarda,  
léjos desta confusión.

*Lis.* Haceis muy justa eleccion,  
gran señor, si el Conde aguarda,  
que es caballero entendido,  
y ese rio, monte y prado,  
para que ageno cuidado  
ponga su vista en olvido.

Porque el cetro, aunque es gigante  
el hombro de un Rey frances,  
el mundo de Hércules es,  
que ha menester un Atlante.

*Rey.* El cielo os guarde.

*Lis.* Y á vos  
os dé lo que deseais,  
si está adonde ahora vais.

*Ces.* Zelosa queda por Dios.

*Rey.* No importa que ya le den  
de mi mudanza rezelos,  
porque nadie estima zelos,  
adonde no quiere bien. *vanse.*

*Lis.* Declaróse mi desdicha,  
pero á sufrirla me ayuda  
ver que quien ya tiene tantas,  
no puede tener ninguna.  
Zelos son unas sospechas,  
que con temerosas dudas,  
muestran del mal que se teme  
algunas luces confusas.  
Pero en llegando á mostrar  
la verdad en que se fundan,  
mudan el nombre en agravios,  
desengañan, y no turban.

Aun no han llegado los mios  
á transformarse en injurias,  
conservan nombre de zelos,  
que los desengaños buscan.  
Estos solicita el alma  
mientras no vive segura  
del amor del Rey, si bien  
lo que me importa me culpa.  
Porque amor es locura,

que mas se aumenta mientras mas  
se cura.

Iré disfrazada á ver,  
si de Fenix la hermosura  
lleva al Rey donde me mate,  
porque no le valga excusa.  
Quiero que mis propios ojos  
con mi pensamiento cumplan,  
que amor quando está perdido  
quanto no mira disculpa.  
Quedaré desengañada,  
y no en dudosa fortuna,  
que mientras no hay desengaño,  
anda la razon á obscuras.  
Si bien es remedio á veces,  
que aunque el amor le procura,  
es luz de noche que léjos  
ciega mucho, y poco alumbra.  
Mejor fuera hacer ausencia,  
que no hay rigor que no sufra  
esta; mata amor sin ver,  
ver y los desengaños nunca.  
Porque amor es locura,  
que mas se aumenta, mientras mas  
se cura.

*Vase, y salen Fenix y Carlos.*

*Carl.* Gran ocasion ofrece,  
hermosa Fenix mia,  
la retirada vida de la aldea,  
á quien gozar merece  
tu dulce compañía,  
ni teme, ni preténde ni desea  
cosa que ver no sea,  
esos ojos hermosos  
libres de los cuidados,  
que pueden dar mirados  
de tiranos amantes poderosos,  
porque las voluntades  
tienen menos defensa en las ciu-  
dades.

Yo merecí, señora,  
por años de quererte,  
tus brazos con palabra y fe segura,  
que vuelvo á darte agora  
mas firme hasta la muerte,  
que el largo tiempo que en sí mis-  
mo dura;

rindióse tu hermosura  
 al nombre de marido,  
 no méritos, efeto  
 de un amor tan secreto,  
 que quando le imagino divertido,  
 yo mismo estoy dudoso  
 si siendo tu criado, soy tu esposo.  
 Verdad es que me ha dado  
 calidad diferente,  
 que á mi buena fortuna lo atribuyo  
 el haberme criado  
 tan amorosamente  
 el Conde mi señor, y padre tuyo,  
 de que tambien arguyo,  
 haberle sido ingrato  
 con estas deslealtades;  
 pero qué voluntades  
 seguras estarán de un largo trato?  
 qué ocasion y hermosura  
 obligan á traicion la fe mas pura?

*Fen.* Yo, Cárlos, á culparte  
 cómo puedo atreverme,  
 si en el mismo delito fuí culpada?  
 Verte, hablarte, tratarte,  
 bastantes á vencerme,  
 si fuera nieve yo, si piedra helada,  
 y el ser tambien amada,  
 me sirvan de disculpa  
 de tu valor, pues creo,  
 que no hubiera deseo  
 que se librara de la misma culpa,  
 que tus merecimientos  
 la diéron á mis nobles pensamientos.  
 Supuesto que el secreto  
 ha sido tan dichoso,  
 ya no temo la vida, ni la muerte,  
 el Conde tiene un nieto,  
 un niño tan hermoso,  
 que del remedio de los dos me ad-  
 vierte,  
 y él te quiere, de suerte  
 por haberte criado,  
 que pienso que me abone,  
 y que mi error perdone,  
 mas quando ni tu amor le dé cui-  
 dado,

ni el mio le resista,  
 del niño bastará la dulce vista.

La vida de esta aldea  
 solo ha sido mi vida:  
 ay si nunca á París volviese el  
 Conde!

que á quien solo desea  
 gozarte, y atrevida  
 por estas selvas bárbaras se esconde,  
 no hay, Cárlos mio, adonde  
 pueda con mas secreto  
 que quien de veras ama,  
 la ocupacion desama  
 donde á la envidia puede estar su-  
 jeto,

que amor, si el bien alcanza,  
 busca la posesion, no la esperanza.

*Sale Silvio, villano,*

*Sil.* Pienso que os habeis de holgar  
 de aquestas nuevas los dos,  
 no ménos que el Rey, por Dios,  
 dicen que viene al lugar.  
 Iba á preguntar á qué  
 y mil perros de trahilla,  
 como voces de capilla,  
 agarrándome del pie,  
 respondiéron, que á cazar,  
 como águnos que murmurán,  
 que miéntras morder procuran  
 no se cansan de ladrar.  
 Hoy nuestro monte desuella.

*Carl.* Luego adelante no pasas.

*Sil.* No pasa de vuestra casa,  
 pues ha de posar en ella.

*Fen.* Aquí el Rey?

*Sil.* Como lo cuento,  
 sino lo quereis creer,  
 el Conde viene á poner  
 diligencia en su aposento.

*Sale el Conde Arnaldo.*

*Cond.* Buen huesped nos ha venido,  
 ya no hay mas que desear,

*Carl.* Silvio acaba de contar  
 la ventura que has tenido,  
 aunque tú la perdonaras.

*Cond.* No hará noche el Rey aquí.

*Sale Laura, villana.*

*Laur.* El Rey viene?

*Sil.* Laura, sí.

*Cond.* Pues, Fenix, en qué reparas?

*Fen.* Voy señor á prevenir lo que fuere menester.

*Carl.* Y yo qué tengo de hacer?

*Cond.* Carlos irlle á recibir.

*Vanse, y queden los villanos.*

*Laur.* A la fé, Silvio, gran cosa: tu piensas hablarle?

*Sil.* Pues? no tengo boca?

*Laur.* No ves

que es cosa muy fecultosa, que diz que quantos le ven se turban luego, y él no?

*Sil.* Mirarele á los pies yo, con que pienso hablarle bien. Que mirar á un Rey los ojos es ver al sol que deslumbra, si no es á quien lo acostumbra, porque aunque es luz causa enojos.

Dixome antiyer Benito, que vino de la Ciudad, que es soberbia, y necesidad mirarlos de en hito en hito.

Porque como son retrato de Dios, quien vá á negociar, los Reyes ha de mirar con humildad y recato.

*Laur.* Tienes tú qué hablar con él?

*Sil.* Yo no, mas si se ofreciese voto al sol que me atreviese sin poner la vista en él.

*Laur.* A la fé que has topetado con él, si hablarle deseas.

*Sil.* No hayas miedo que me veas atrevido ni turbado, poco á grandezas me inclina la humildad de mueso trato; hoy como ha de haber gran prato, no salgo de la cocina. *vanse.*

*Salen el Rey, Cesar, el Conde y Carlos.*

*Rey.* Muy buena casa teneis, y toda aquesta campaña, que riega este manso rio, me ha parecido estremada. Como á la naturaleza

nunca el artificio iguala, mas que los jardines cultos estas malezas agradan.

Hoy os he dado disculpa de hacer en la Cortè falta: ha mucho que estais aquí? teneis aquí vuestra casa?

*Cond.* Habrá un mes, ó poco ménos, que á Fenix por alegrarla truxe, señor, de Paris: aquí vive y aquí pasa en ejercicios del campo las tardes y las mañanas. Carlos?

*Car.* Señor?

*Cond.* Llama á Fenix.

*Rey.* Cesar, ya se alegra el alma, *ap.* ya se previenen los ojos como quando sale el alva abriendo la puerta al dia en celages de oro y nacar: las aves que del ausencia del sol quejosas estaban, que gorgeando en los nidos, lo que han de cantar ensayan: y como los arroyuelos quaxado cristal desatan, y al nuévo calor del dia discurren líquida plata; así la lengua suspensa, noche de ausencia tan larga, al salir el sol de Fenix el silencio desenlaza.

*Sale Fenix.*

*Fen.* Deme los pies vuestra Alteza.

*Rey.* Hermosa Fenix, qué clara *ap.* se me ve el alma en los ojos! temó que á la lengua salga. Cómo os hallais en el campo? es posible que os agrada esta soledad?

*Fen.* Señor, aunque parece que es tanta, no falta en que se entretengan como allá las esperanzas, aquí todos los sentidos, los ojos en flores varias, cuyos aromas no envidian

á las orientales plantas.  
 Los oídos en las aves,  
 y el gusto en alegre caza,  
 de que hay tantas diferencias  
 por estas verdes montañas.  
 Son aquí los días mayores  
 que en París, con que es mas larga  
 la vida, corta en la Corte.

*Rey.* Para poco tiempo alaban  
 los sábios el campo, Fenix;  
 pero ya vuestra alabanza  
 me obliga á quererle ver:  
 quédese aquí comenzada  
 esta cuestión, que despues  
 que vuelva quiero acabarla.  
 Dios os guarde, y dé la dicha  
 que merecéis.

*Fen.* Vuestras armas  
 respete el sol donde nace,  
 y como señor de Francia  
 lo seais del Polo opuesto.

*Rey.* Ay Cesar, de sola Arabia,  
 donde ha nacido tal Fenix!

*Ces.* Tú quieres con justa causa  
 la que por única puede  
 ser el Fenix de su patria.

*Todos se van con el Rey.*

*Laur.* A la fé, señora mia,  
 que tu condicion me espanta:  
 toda esta grandeza dexas  
 por un monte y quatro casas?  
 Dichosa quien vivir puede  
 en las Cortes.

*Fen.* Mira, Laura,  
 pues sola tú de mi vida  
 fuiste y eres Secretaria.  
 Tú que sabes mis desdichas,  
 si permite amor llamarlas  
 con este nombre, en agravio  
 de Carlos, que fué la causa.  
 Tú que del Angel que fué  
 de mis amorosas ansias  
 fruto y consuelo, has tenido  
 el secreto y la crianza.  
 No creas que hay para mí  
 Cortes, fiestas, joyas, galas  
 fuera de Carlos, que Carlos  
 es centro donde descansa

el alma como en su esfera  
 el fuego, el ave en las alas  
 del viento; sin esto aquí  
 tengo el lugar que me falta  
 en París de hablarle y verle,  
 y sin la pensión que paga  
 amor á los zelos, donde  
 hay tanta copia de damas.

*Laur.* No te espante, Fenix bella,  
 que una grosera villana  
 se dexé llevar los ojos  
 de un Rey donde el cielo estampa  
 la imágen de su hermosura,  
 que para disculpa basta.  
 Ya sé yo que tus dos Carlos  
 padre y hijo se adelantan  
 á quanto puede el deseo  
 de las grandezas humanas.

*Sale Silvio.*

*Sil.* Está aquí Fenix?

*Fen.* Qué hay, Silvio?  
 cómo te has quedado en casa,  
 y no fuiste á ver el Rey?

*Sil.* Pardiez, Fenix, como entraba  
 tanto aparato de cosas  
 de mas gusto que la caza,  
 hize caza la cocina,  
 donde sus ministros andan  
 con instrumentos diversos  
 previniendo cosas varias  
 para la mesa del Rey,  
 unos calentando el agua,  
 y otros en el patio haciendo  
 oficio de cortesanas.

*Fen.* Cómo?

*Sil.* Pelan.

*Fen.* Tú lo sabes?

*Sil.* Oigo decir que á la traza  
 que estos pollos y gallinas,  
 ellas con dulces palabras  
 las bolsas y las cabezas;  
 pero advierte que una dama  
 que llegó en una carroza  
 con las cortinas cerradas,  
 bravo sombrero de plumas,  
 donde una toca de plata  
 sirve tambien de cortina,  
 por quien una mano blanca

para preguntar por tí  
fué sumiller de la cara,  
quiere verte con secreto.  
*Fen.* Algo me dexas turbada:  
dile que entre.

*Sil.* Entrad, señora.

*Fen.* Linda presencia.

*Laur.* Gallarda.

*Sale Lisarda con un sombrero, y  
ferreruelo, y un velo.*

*Lis.* Juzgareis á atrevimiento  
el haber venido ansi.

*Fen.* Si os descubris, será en mi  
merced y agradecimiento.

*Lis.* Pienso que estos labradores  
será gente sin sospecha.

*Fen.* Podeis estar satisfecha,  
y aun para cosas mayores.

*Lis.* Mi rostro es este.

*Fen.* Podré  
decir que al aurora ví,  
pues ella amanece ansi.

*Lis.* Por lágrimas lo seré.

*Fen.* No sino por los jazmines,  
y las rosas de la cara,  
donde el sol á ver se para  
tan celestiales jardines.

*Lis.* A vos os viniera bien,  
Fenix, si la nieve pura  
viera de vuestra hermosura,

*Fen.* Quién sois?

*Lis.* Presto sabreis quien,  
que como os habeis criado  
en tanto recogimiento,  
no me habeis visto, mi intento  
os debe de dar cuidado.

Soy la Condesa Lisarda.

*Fen.* Señora, pues vos ansi?

*Lis.* Traigo una tristeza en mí,  
que acabar mi vida aguarda.  
Espacio quiero contaros  
la causa en mas soledad,  
que como es de voluntad  
no sale á cielos tan claros.  
Tuve un alto pensamiento,  
que no me ha salido bien,  
y os diré despues por quien.

*Fen.* No sé si es atrevimiento,  
pero viendo al Rey aquí,  
y vuestro disfraz, Condesa,  
será dueño de esta empresa:  
es esto ansi?

*Lis.* Fenix, sí.

Huéspeda vuestra he de ser  
esta noche.

*Fen.* Respondiera,  
que á tal sol es corta esfera  
casa que quereis hacer  
Indias aunque Occidentales,  
pués aquí de noche estais;  
pero quando amanezcáis,  
las volvereis Orientales.

*Lis.* Fenix, donde vos salís  
al sol no le aconsejara.

*Fen.* No mas que es lisonja clara,  
pero venís de París.

*Lis.* Daisme palabra en efeto  
de guardar secreto?

*Fen.* Aquí  
me suelo guardar de mí;  
lo mismo á vos os prometo.  
Aposento voy á hacer  
donde esteis, y donde hablemos.

*Lis.* El vuestro las dos tendremos;  
hacedme, Fenix, placer,  
que merezca vuestra cama.

*Fen.* Esa os daré, mas sin mí,  
que en estando el Conde aquí  
á su aposento me llama.

Entrad, no deis ocasion  
á que os vean.

*Lis.* En vos fio,  
Fenix, el remedio mio.

*Entrase Lisarda con Siloio.*

*Laur.* Qué es esto?

*Fen.* Zelitos son,  
que á nadie guardaron ley.

*Laur.* Conocesla?

*Fen.* Como á mí,  
no la conocer fingí.

*Laur.* De quién los tiene?

*Fen.* Del Rey  
que me ha mirado en París,  
solicitado y hablado;  
y Cesar me dió un recado.

de su parte en San Dionis.  
Causa de haberle pedido  
al Conde que me truxese  
á esta aldea, porque fuese  
causa de mas breve olvido.  
Que tengo por cosa llana,  
si no es que olvidada estoy,  
que señores quieren hoy,  
y no se acuerdan mañana.  
Mayormente el que es supremo.

*Laur.* Pues, qué pensó esta señora?

*Fen.* Reynar.

*Laur.* Tanto el Rey la adora?  
pero lo que fuere sea;  
yo la debo regalar.

*Laur.* La Corte se ha de mudar  
poco á poco á nuestra aldea.

*Rey y Reyna* estan aquí,  
si esta sale con la empresa.

*Fen.* Ni la envidio ni me pesa;  
Cárlos es Rey para mí.

*Vanse, y dicen dentro.*

*Cond.* Extraño caso.

*Ces.* Y lamentable fuera  
á no haberle este hidalgo socorrido.

*Salen el Rey descompuesto, Cárlos con  
un venablo, y el Conde y Cesar.*

*Cond.* Herido va el caballo.

*Ces.* La carrera  
como las aves por el ayre ha sido.

*Carl.* Siente algo vuestra Alteza?

*Rey.* Que sintiera  
la escura noche del eterno olvido,  
es sin duda, mancebo generoso,  
á no ser por tu brazo valeroso.

Gracias á Dios no tengo mal nin-  
guno.

*Carl.* Pues yo voy á avisar á vues-  
tra gente, porque no patta con la nueva al-  
guno, que necio alborotar la Corte in-  
tente.

*Rey.* No ha llegado favor tan oportu-  
no  
en tanta confusion como el presente,  
si no es por él, el Javalí me mata.

*Ces.* Bravo valor.

*Rey.* Un Hércules retrata,  
Quién es este mancebo, Conde?

*Cond.* Un hombre,  
que tengo como á hijo, y le he  
criado  
desde niño, señor.

*Rey.* Cómo es su nombre?

*Cond.* Cárlos como mi hermano se ha  
llamado.

*Rey.* Pues qué es la causa de que así  
se nombre?

*Cond.* No hay causa mas de habérme-  
le dexado  
quando Ricardo Ingles puso la  
planta  
en la conquista de la tierra santa.

*Rey.* No volvió mas?

*Cond.* Es fama que cautivo  
quedó en Damasco, y otros dicen  
muerto.

*Rey.* Qué gallardo mancebo!

*Ces.* Por lo altivo  
parece que valor tiene encubierto.

*Rey.* No ha de quedar el bien que del  
recibo  
sin premio, Conde.

*Cond.* Pues tened por cierto,  
que es digno de qualquiera merced  
vuestra.

*Rey.* Dícelo el rostro, y el valor lo  
muestra.

*Vanse, y salen Cárlos y Fenix.*

*Fen.* Qué dices, Cárlos, que tan alta  
suerte te ha sucedido?

*Carl.* Fenix de mis ojos,  
sino es por este brazo, ya la muerte  
pusiera su corona en sus despojos.

*Fen.* Pues cómo sucedió?

*Carl.* Mi bien advierte,  
si el no te hablar en mí te causa  
enójos  
quando el tiempo me da lugar de  
hablarte.

*Fen.* No basta que hables tú para  
escucharte.

*Carl.* A delante se el fuerte Ludovico.



generoso mancebo, Rey de Francia,  
que su valor al de Hércules aplico,  
no fueron nuestros ruegos de im-  
portancia:

si bien le sigue el Conde Federico,  
y tu padre tambien corta distancia,  
tras una fiera, que por dicha hi-  
ciera

á Francia Venus, si él Adonis fuera.  
Síguela por un prado, en quien  
apenas

alazán español dobló las flores,  
ni cortando cristales las arenas  
se pudieron quejar de sus rigores:  
pero al entrar por unas selvas llenas  
de murtas y laureles vencedores,  
sintió el venablo el javalí, y ayrado  
volvió feroz, del hierro provocado.  
Las medias lunas de la boca en-  
vuelve

espuma y sangre, y con la ardiente  
punta

del diestro lado, rígido revuelve,  
y por el mismo al alazán se junta.  
A herirle el Rey con el venablo  
vuelve,

aunque animoso, la color difunta,  
pero la fiera el encendido hueso  
aplica así, que le levanta en peso.  
Asomóse á lo roto de la herida  
parte de los ocultos intestinos,  
y derribando al Rey, con presta  
huída

pasó de los laureles á los pinos.

Yo viendo en tal peligro de la vida  
al Rey, invoco Fenix los divinos  
patrones de París, y diligente  
me opongo Marte al animal ar-  
diente.

Al bote del venablo vuelve ayrado,  
dexando al Rey, y fiero me aco-  
mete;

yo con izquierdo pie le espero  
osado,

rabioso la victoria se promete,  
quando por el acero ensangrentado,  
hasta el rebeldé corazón se mete,  
y vertiendo el espíritu espumoso,

la tierra stampa con gruñir que-  
joso.

Un cuchillo de monte que pendia  
de la pretina, sacó velozmente  
de una vayna de tigre, que tenia  
acero y marca de oficial valiente:  
y al tiempo que los filos discurría  
por el cerdoso cuello, de su gente  
llegó gran copia, que dexé envi-  
diosa

del valor que me das, Fenix her-  
mosa.

*Fen.* Ventura notable ha sido,  
y digna de tu valor:  
yo me voy, que este rumor  
es de que el Rey ha venido.  
Ya anochece, si pudiere  
esta noche te hablaré.

*Carl.* Paga mi cuidado.

*Fen.* En qué!

*Carl.* En que poco tiempo espere.

*Fen.* En estando recogidos,  
que presto será, mi bien. *vase.*

*Carl.* Plegue á los cielos que esten  
como cansados dormidos.

Esparcen la suave voz al viento  
sonoros ruiseñores junto al nido  
que de pajas y plumas han tejido,  
sirviéndoles los picos de instru-  
mento.

Quando á la mira el cazador atento  
dispara con horrísono ruido,  
en círculo de plomo dividido,  
muerte veloz con breve senti-  
miento.

Así Fenix y yo con voz suave,  
cantamos libres de que el nido  
acierte

quien tiene obligacion á honor tan  
grave.

Pero temiendo de la misma suerte  
que si el secreto nido el Conde  
sabe,  
tendrá tan dulce vida, amarga  
muerte.

*Sale Silvio.*

*Sil.* Esta si que es linda vida,  
pesa al campo y su labranza,

pasar, é hinchar la panza,  
de ricas relas vestida.

Desdichado de quien nace  
donde le mandan nacer,  
á nadie dan á escoger,  
Dios es quien hace y deshace.  
Si yo escogiera, naciera  
de un Príncipe, y no villano,  
pero yo me quejo en vano,  
que si quien nace escogiera,  
quál hombre quisiera ser  
oficial ni labrador,  
quién no se fuera señor?  
mas lo que fuera de ver  
todo un mundo de señores,  
señor á señor sirviera;  
pero cómo se comiera  
si no hubiera labradores?

O sabia naturaleza,  
qué bien lo trazaste ¡ansí!

*Carl.* Qué hay, Silvio?

*Sil.* Hablar en que ví,

Carlos, la mayor grandeza,  
que este monte imaginó,  
el Rey cenando en efeto.

*Carl.* Tú lo viste?

*Sil.* Con secreto.

*Carl.* En efecto el Rey cenó?

*Sil.* Y tan en efecto fué,  
que se cenó veinte platos,  
sin dar un hueso á seis gatos,  
que le miraban en pie.

De las pollas y perdices  
así el olor me provoca,  
que lo que el Rey por la boca,  
cené yo por las narices.

Hablaron luego de vos,  
no se que diabros hicistes,  
que en tal ocasión les distes.

*Carl.* Lo que hice, debo á Dios,  
porque yo, cómo pudiera  
tener valor ni ocasión?

*Sil.* Mostró el Rey tanta infición,  
que yo presumí que os diera  
alguna renta ó Castillo,  
quánto va que ántes de un mes  
sois Monsiur?

*Carl.* Pusé á sus pies

con un venablo y cuchillo  
la mas indómita fiera,  
que por todo este horizonte  
fué parto de selva ó monte.

*Sil.* Tal servicio, premio esperá.

Si os dan algo, como creo,  
no me llevareis allá,  
que con lo que he visto acá,  
ya tengo un alto desco?

*Carl.* Díxome, Fenix, á mí,  
que estabas enamorado  
de Laura. *Sil.* No se ha engañado.

*Carl.* Pues cómo saldrás de aquí?

*Sil.* Laura, señor, fué casada,  
su marido le dexó  
un niño quando murió,  
de niños no entiendo nada.  
Tales son mis desaliños  
para casados conciertos,  
porque dicen que hay enxertos  
como de árboles, de niños.

Este muchacho que cria,  
es de otra cepa sarmiento,  
y no quiero casamiento  
como quinola con guía.

*Carl.* Qué malicioso te has hecho!

no sabes que es de su esposo  
ya muerto, ese niño hermoso,  
á quien Laura daba el pecho,  
y que por tal le ha criado?

*Sil.* Pues si le cria por tal,  
¿qué dese tal para qual,  
que aunque estoy enamorado,  
no lo quiero yo eriar  
á cuenta de mi deseo.

*Carl.* Cansado está el Rey, yo creo,  
que ya se querrá acostar,  
y el Conde, Silvio, también.

*Vase Carlos.*

*Sil.* Señor amor, yo os confieso  
que de saber pierdo el seso,  
que Laura me quiere bien.

Si es niño amor, no quiero que me  
nombre  
entre los muchos que le estan su-  
jetos,  
que aunque villano, entiendo sus  
conceitos,

Y mas si son concetos de este nombre.

Despues de no ser justo que me asombre,

que imiten á la causa los efetos,  
que hay niños, qual retratos imperfectos,

que solo ser parecen en ser de hombre.

Amor, como eres niño, siempre quieres,

teniendo con el tiempo iguales dias,

mostrar en tus acciones que lo eres.

Que como en niños paran tus porfias,  
con justa causa llaman las mugeres,  
las ofensas del hombre niñerías.

*Sale Laura.*

*Laur.* Eres tú, Silvio?

*Sil.* Pues quién

á tal hora trasnochado  
puede andar con mi cuidado,  
sino quien te quiere bien?

Agora trataba aquí  
de tu virtud, y le daba,  
gracias á amor, que mostraba  
tales efectos en mí.

Zeloso estoy de esta gente,  
claro está que han de agradarte.

*Laur.* No, Silvio, que en toda parte  
mis ojos te ven presente.

En sus telas hallo yo

mas lozido tu sayal,

sino que me pagas mal.

*Sil.* Yo, Laura mia?

*Laur.* Pues no?

si ha tanto que me entretienes,  
sin querer matrimoñarte?

*Sil.* Cierta cosa ha sido parte  
que tienes, y que no tienes,

pues tienes ese garzon,

que no tienes para mí.

*Laur.* Quien dice que quiere así,  
repara en esta ocasion?

*Sil.* Por reparar en quien pare.

*Laur.* Tú no me tienes cariño.

*Sil.* Si no reparo en un niño,  
en qué quieres que repare?

Dichosas sois las mugeres,  
que claramente sabeis,  
que sois madres, si teneis  
hijos.

*Laur.* El dimuño eres.

Vete á acostar, Silvio; vete,  
que mi señora me manda,  
por el respeto del Rey,  
recoger toda la casa.

*Sil.* Yo, Laura, soy malicioso,  
desde que vino esta dama  
con tal secreto al aldea,  
pienso que no fué sin causa.

*Laur.* Pues quién te mete en secretos?  
lástima tengo á quien anda  
desvelado por saber  
lo que no le importa nada.

Hay vecino que se está  
de la noche á la mañana  
en una ventana al frio,  
pudiendo estarse en la cama.

No seas, Silvio, de aquellos  
que en estas cosas se cansan;  
no mires en las agenas,  
pudiendõ mirar tus faltas.

Esa dama que tú dices,  
ha un hora que está acosada,  
y, Silvio, nunca te metas  
á estorbar personas altas.

Que quando estés mas seguro,  
podrá ser sino te guardas,  
que te den un beneficio.

*Sil.* Hablas cuerda, y temes sabia.

Quién me mete á mí en las cosas  
de los otros? hasta el alva  
no digo esta boca es mia,  
que á nadie vino desgracia  
por acostarse temprano.

*Laur.* Pues, á Dios, Silvio.

*Sil.* A Dios Laura. *vase.*

*Laur.* Basta que el Rey vino aquí  
por Fenix; y hablarla trata  
esta noche, porque Cesar  
la advierte, y da la palabra  
del estilo que merece  
su calidad y su fama.

Fenix discreta me ha dicho,  
que aunque tiene confianza

de quien es, teme que Cárlos se enoje, y con esta causa intente algun desatino, y que quando el Rey se valga de la escuridad, á efeto de entrar con secreto á hablarla, yo le guie al aposento donde la Condesa aguarda, averiguando sus zelos, desengañar su esperanza. Pero él viene.

*Salen el Rey y Cesar de noche.*

*Rey.* Yo le he dado la palabra de guardarla el decoro que es razon.

*Ces.* Quando amor palabra guarda?

*Rey.* Aquí es fuerza, porque á Fenix yo no tengo de obligarla mas que al estado que tiene.

*Ces.* Quién vá?

*Laur.* Quedo.

*Rey.* Quién es?

*Laur.* Laura.

*Rey.* Donde está Fenix?

*Laur.* Presumo, que con el Conde.

*Sale Cárlos.*

*Carl.* Si tarda

Fenix, baxará el aurora del cielo las altas gradas con pies de rosa, envidiando aquellas breves estampas, á donde pongo los ojos: aquí hay gente: pues quién anda á tales horas aquí?

*Laur.* Entrad, que tras esta sala está la quadra en que duermé.

*Rey.* Cesar, allá fuera aguarda.

*Ces.* En el corredor espero. *vase.*

*Carl.* No pienso que si soñara pudiera ver tales cosas. El Rey con Cesar y Laura? y Laura guiando al Rey con tal despejo á la quadra donde Fenix duerme, y Fenix del concierto descuidada?

Qué haré? mas qué puedo hacer que contra el poder me valga de un Rey? ah traydora Fenix! quiero alborotar la casa, mas para qué, que en sabiendo que es una muger liviana, estorbar que no lo sea no es honra, sino venganza. Porque si la inclinacion de su liviandad declara, lo mas es el consentirla, lo ménos executarla.

Ay Fenix, tal liviandad! mas quien á sangre tan clara perdió el respeto conmigo, qué hará con un Rey de Francia?

Ya te he conocido, Fenix, ya no por Fenix de Arabia, única en ser casta al mundo, sino por Fenix de infamia.

El hijo que de los dos fué fruto, haré que mañana, si puedo, no goces Fenix, que sino me reportara diera voces que le diéran al Rey de matarme causa. Mas poco puede tardar mi muerte, si ya te cansa mi vida, ah cruel fortuna, qué imaginacion pensara, que hoy me dieras tanta dicha en dar vida á quien me mata? Libré al Rey, y el mismo Rey me viene á quitar el alma, porque no hay mayor tormenta, que despues de gran bonanza. No me pesa de haber sido su remedio en tal desgracia, porque el Rey despues de Dios, y despues de Dios la patria. El vive por mí, yo no, que quiere Fenix ingrata, que me mate un rayo fiero, pues lo ha de ser su mudanza.

## ACTO SEGUNDO.

*Salen el Rey y Cesar.*

*Ces.* Vuestra Alteza esté contento,  
que hoy á París ha llegado  
Fenix.

*Rey.* Tan desconfiado  
estoy de mi pensamiento,  
que apenas me dá alegría  
nueva que tanta me diera,  
Cesar, quando yo tuviera  
la esperanza que solia.

*Ces.* Pues no entró en aquella aldea  
vuestra Alteza á verla?

*Rey.* Sí,  
pero no hay bien para mí,  
que en esta empresa lo sea.

*Ces.* Pues qué falta en tanto exceso  
de favor que desear?

*Rey.* Nunca he tenido lugar  
de contaros el suceso,  
por quien mi esperanza vana  
pienso que camina á tiento.  
Metióme en un aposento  
sin luz aquella villana;  
y díxome, desde aquí  
podeis con Fenix hablar,  
pero no habeis de llegar,  
que duerme su padre allí.  
Yo que solo pretendia  
guardar en mi voluntad  
decoro á su calidad,  
y grave estilo á la mia:  
díxele ménos turbado,  
que si hubiera luz, mi amor;  
y respondiome en favor  
de mi esperanza y cuidado:  
que estaba triste y zelosa  
de la Condesa Lisarda;  
respondí, Fenix gallarda,  
un tiempo Lisarda hermosa  
fué mas entretenimiento,  
que cuidado de mi amor,  
que en viendo vuestro valor,  
llevó como pluma el viento:  
vos sois, Fenix, mi verdad;  
y encareciendo mi fe,

partir con ella juré  
el alma y la magestad:  
Esto diciendo, sentí  
llorar á Fenix de zelos;  
quién viera llover dos cielos,  
César, de zelos de mí!  
Hizo amor de sus enojos  
en aquella escuridad,  
para mayor tempestad,  
agua, y rayos de sus ojos.  
Si bien entónces queria  
que llegase á donde estaba,  
porque quien por mí lloraba,  
poca defensa tendria.

Pero halándome el temor,  
y obligándome el respeto,  
mas cobarde que discreto,  
detuve el paso al amor.  
En esto, el Conde que estaba  
cerca de allí, despertó;  
y Laura que presumió,  
que oyó que Fenix lloraba,  
sacóme del aposento  
á una quadra, y fué á mirar  
si el Conde volvia á llamar,  
y entretanto, Cesar, siento,  
que por defuera á la puerta  
se quejaba un hombre ansí:  
Fenix cruel, para mi  
tanta traicion encubierta?  
Tú á Carlos esta traicion?  
Eres tú la que decias,  
que por alma me tenias  
en medio del corazon?  
Conozco que el Rey merece  
mas que yo, que al fin es Rey,  
pero qué razon, qué ley  
disculpa á tu engaño ofrece?  
Pues ya, señora, vivia  
en fe de que era mi esposo,  
dirás que fué poderoso,  
y que es su amor tiranía.  
Mientes, Fenix, padre tienes,  
á quien el Rey respetara,  
hoy tu liviandad declara,  
que á abrirle tus puertas vienes.  
Mira, Cesar, lo que amor  
puede hacer, pues dos zelosos

nos hallabamos quejosos, y con un mismo temor. Pero como recibí la vida, despues de Dios, de Cárlos, fué de los dos el que más pena sentí. En esto, Laura, venia diciéndome, que era fuerza salir, y á salir me esfuerza, que por Cárlos no queria. Salgo en fin, y el mozo osado, de la espada prevenido, quien va, me dice atrevido, yo respondo reportado: Cárlos, yo soy, y con esto á mi aposento me voy, donde hasta el aurora estoy afligido y descompuesto. Y fuéron justos desvelos, pues entré con tanto amor, Cesar, á buscar favor, y salí lleno de zelos.

*Ces.* Como Laura me avisó, que me quitase de allí, á mi aposento me fué. por eso Cárlos llegó.

*Rey.* Mejor fué, pues. he sabido por quien tan mal me ha tratado Fenix, si bien me ha pesado que este Cárlos haya sido. Qué haré, Cesar, que no es justo, que compita un Rey con él sufrir es cosa cruel, y de los zelos el disgusto. Si es que Fenix le queria, echarle de aquí no puedo sin gran nota, y tengo miedo á que descubrir podria al Conde mi pensamiento; pues matar á quien me dió la vida, primero yo dexaré mi loco intento. Porque si el bien recibido es deuda de un pecho honrado, quien es Rey, mas obligado nace á ser agradecido.

*Ces.* Quieres que yo te aconseje?

*Rey.* Es el oficio mayor

del amigo.

*Ces.* Pues, señor, ni se vaya, ni se queje, sino que haciéndole bien, y pagándole el servicio, con un grande beneficio, quedes libre del tambien.

*Rey.* Cómo?

*Ces.* A un tiempo puedes dalle un título y casamiento, que ayuda á este pensamiento, tener Cárlos tan buen talle. Fuera de cumplir tambien con Fenix, si la acobarda Lisarda, y dando á Lisarda marido.

*Rey.* Dices muy bien.

Que si con Cárlos la caso, Lisarda tendrá remedio; yo sin que esten de por medio los zelos en que me abroso. Y Fenix para quererme sin Cárlos y sin Lisarda, que Lisarda ya no aguarda mas desengaños, que verme de Fenix enamorado: tratarlo con ella quiero.

*Ces.* Pues habla al Conde primero, porque del Conde abonado, no repare la Condesa en la calidad.

*Rey.* No hará, que el talle la obligará á mas difícil empresa. Fuera de que habrá de ser, y no lo que ella desea.

*Ces.* Si querrá quando le vea.

*Rey.* No hay imposible al poder.

*Vanse, y salen el Conde y Fenix.*

*Fen.* Para quien quietud desea, no cansa el campo jamas.

*Cond.* Mejor en París estás, Fenix, que en aquella aldea. Demas que ya el Rey tenia propósito de venir por instantes á impedir, ya tu quietud, ya la mia.

Que es bueno el campo confieso;  
pero ya era Corte allí,  
y aquel gasto para mí  
era, Fenix, grande exceso.  
En vez de árboles y peñas  
hombres y coches habia,  
que de serlo descubria:  
a penas el monte señas.  
Bien estás aquí, yo voy  
á ver al Rey, que no quiero  
que él venga á verme. *vase.*

*Fen.* Qué espero  
quando en tanta pena estoy?  
Allá por lo ménos via  
dos Carlos, aquí no sé  
si aun el uno ver podré;  
tal es la desdicha mia,  
después que el Rey me ha mirado,  
aunque estoy arrepentida,  
de que Lisarda ofendida  
de zelos, se haya engañado.

Pero por librarime del  
en una ocasion tan fuerte,  
lo tuve por mejor suerte:  
ella en fin habló con él,  
y se fué desengañada,  
acompañando al aurora  
con su llanto.

*Sale Dionis criado.*

*Dion.* Ya, señora,  
la aldea mal enseñada,  
se va trasladando acá.

*Fen.* Cómo? en si se va á ir?

*Dion.* Laura viene ya.

*Fen.* Pideme albricias, Dionis.

*Dion.* Pues no viene sola.

*Fen.* No? ¿quién viene con ella?

*Dion.* Huesped trae.

*Fen.* Quién es? ¿un criado?

*Dion.* Un labrador, que después

que nació, no he visto yo

villano tan agraciado.

*Fen.* Es Carlos un hijo tuyo?

*Dion.* El mismo, y parece tuyo

en lo lindo y aseado, como

si ya tuvieras marido.

*Fen.* Cómo tarda?

*Dion.* Ya se apea  
de un carro.

*Fen.* En buen hora sea  
ese labrador venido:  
vete si tienes que hacer,  
que ya los siento llegar;  
qué bien en tanto pesar  
me vino tanto placer?

*Vase Dionis, y sale Laura con un  
niño vestido de villano.*

*Laur.* Podrán besarte la mano  
dos huespedes de una aldea?

*Fen.* Laura, bien venido sea  
amor en traje villano.  
Queri pintan al amor  
tan hidalgo en sus acciones,  
ya quiere para traiciones  
vestirse de labrador.  
Dónde está el arco, mis ojos?  
pero en los mismos está:  
no tireis, porque no habrá  
vidas que os dar en despojos.

*Laur.* Parece que estás hablando  
con tu Carlos.

*Fen.* En él veo,  
á lo ménos el deseo,

Laura, de verle engañado.  
No dice un amante amores?

á un retrato viendose en él  
la imitacion del pincel,

y el hurtar de las colores?

Pues cuánto serán mejores  
á un retrato vivo, en que en

las mismas gracias se ven,  
pues solo falta al deseo,

qué á lo que veo y no veo  
crédito los ojos den?

Si á una copia, si á un traslado  
se da fe por ser igual

como al mismo original,  
este es Carlos retratado.

Carlos de Carlos traslado;  
y mirándole sospecho,

que amor con ingenio ha hecho  
que me parezca menor,

para que quepa mejor  
desde los ojos al pecho.

Laura á mi esposo quisiera  
traer por joya en mi cuello,  
porque desde el pie al cabello  
en cifra el alma le viera.  
Mas quién sino amor pudiera  
hacer con estrechos lazos,  
que dándole mil abrazos,  
y de mil diamantes hecho,  
sirva de joya á mi pecho,  
y de cadena á mis brazos?

*Laur.* Dios sabe con el temor  
que á tu casa le he traído,  
que como es tan parecido,  
temo que diga tu amor.

Pero cómo puede ser  
puesto que el Conde le vea,  
que nuestro rezelo crea  
que le pueda conocer?

Que la justa confianza  
que tiene de tu valor,  
asegurando el temor  
deshace la semejanza:

Que si yo te sirvo aquí,  
disculpa tambien há sido,  
haber á Cárlos traído:  
mas si te parece á ti,  
mudémosle el nombre á Cárlos;  
que Cárlos, y parecido  
á Cárlos, verá que ha sido  
Cárlos retrato de Cárlos.

*Fen.* Cómo le quíeres llamar?

*Laur.* Lauro por Laura es mejor.

*Fen.* Cárlos? *Laur.* Cárlos?

*Niñ.* Señora?

*Fen.* Mi amor,

el nombre os quiero quitar,  
Lauro os llamáis, entended?  
mirad que sois Lauro ya.

*Niñ.* Mi señora, claro está,  
llamadme y vos lo vereis.

*Fen.* Cárlos?

*Laur.* No responde agora.

*Fen.* Lauro?

*Niñ.* Señora?

*Fen.* O qué bien!

Quién es vuestra madre?

*Niñ.* Quién?

Laura es mi madre, señora.

*Fen.* Con esto al temor restauro  
confianza de que puedo  
tenerle aquí.

*Niñ.* No haya miedo,  
que yerre el papel de Lauro.

*Fen.* Lauro, tan bien lo decís,  
que vivireis desde agora  
conmigo.

*Niñ.* Diga, señora,  
no meriendan en París?

*Fen.* Sí, Lauro, tiene razon,  
llevale Laura, y advierte,  
que le enseñes de tal suerte,  
que no olvide la licion.

*Laur.* Segura de Lauro estoy.

*Fen.* Con él cesan mis enojos.

*Laur.* Vamos, Cárlos de mis ojos.

*Niñ.* No Cárlos, que Lauro soy. *v.*

*Fen.* Amó la hermosa Reyna del  
Egipto  
un caballo veloz, con que tuvieron  
infamias las hazañas que pudieron  
dexar su nombre en bronce eterno  
escrito.

Pásife un toro amó, con infinito  
deshonor que las fábulas le diéron,  
no porque fué verdad, pero qui-  
sieron

decir, que amar indignos es delito.  
Yo amé, yo erré, qué error tan dis-  
culpado

el de quererte yo, Cárlos, pues eres  
del cielo copia, del amor traslado!

Tú me disculpa de mi error si quieres,  
que amar lo que merece ser amado,  
hace menor el yerro en las mugeres.

*v. Sale Cárlos.*

*Carl.* Cuidados míos, muy aprisa in-  
tenta

un agraviado amor perder la vida,  
tan triste, tan cobarde, tan per-  
dida,

que apenas un cabello la sustenta.

A los agravios la venganza alienta,  
y en mí no quiere amor que yo la  
pida,

que aunque la causa del amor se  
olvida,



nunca se olvidá del honor la afrentá.  
 Como infiernos de amor, en que amor  
 pena,  
 son los zelos que salen á los labios,  
 del fuego de que el alma vive llena.  
 Pues si infiernos de amor, los llaman  
 sabios,  
 qué nombre tiene amor para su pena  
 despues que se averiguan los agravios?

*Fen.* Cárlos mio, darme albricias  
 de la mejor nueva puedes,  
 que entre favores de entrambos,  
 á nuestra fortuna debes.

Qué como aquel ángel tuyo  
 gozé en la aldea dos meses,  
 sintiera agora en París  
 estar un hora sin verle.

A Laura le osé pedir,  
 que en la ciudad me sirviese,  
 mudando el traje, que tanto  
 tus dulces prendas me vencen.

Porque con esta ocasion  
 el bello niño truxese;  
 que en forma de labrador  
 por nuestra casa le tiene.

Mudéle el Cárlos en Lauro,  
 porque como te parece,  
 no diese al Conde ocasion  
 quando tan cerca le viese.

Cómo es esto, señor mio?  
 es posible que me muestres  
 el semblante triste, quando  
 te vengo á hablar tan alegre?

Ay mi bien! qué ha sucedido?  
 porque no sin causa vienes  
 con tal tristeza á matarme,  
 que está mi vida ó mi muerte  
 pendiente de tu alegría,  
 habla, ó márame.

*Carl.* No intentes  
 que te hable, que aun no tengo  
 para poder responderte  
 aliento, Fenix, ni aun ojos  
 para mirarte.

*Fen.* No sueles,  
 Cárlos, por causa ninguna  
 hablarme tú desta suerte.

Si se cansó la fortuna,  
 mi bien, de favorecerme,  
 si ya mi padre ha sabido  
 que le infamé por quererte,  
 dime presto, quién ó cómo  
 pudo á matarme atreverse;  
 y si yo soy la ocasion,  
 mira que estoy inocente.

Mira que no es justo; Cárlos,  
 que sufra yo tus desdenes,  
 porque es hacerme el agravio  
 de las comunes mugeres.

Mira que en firmeza eterna,  
 soy el peñasco mas fuerte,  
 que ha combatido la mar  
 quando mas soberbia crece.  
 Habla, señor.

*Carl.* Qué palabras  
 me darán; ingrata Fenix,  
 agravios de amor y honor?

*Fen.* De amor y honor?

*Carl.* Quando excede,  
 Fenix, á la lengua el alma,  
 que uno dice y otro siente.  
 Mas lo que puedo decirte  
 es, que no puedo quererte,  
 cosa que juzgué imposible,  
 aunque mi vida pudiese  
 ser inmortal como el alma,  
 de donde quiero que pienses,  
 que he de sacarte ó matarme,  
 y todo será tan breve,  
 que no pasarán dos dias,  
 que de tus ojos me ausente,  
 y esto, Fenix, porque al Conde  
 es justo que le respete,  
 y que para tanta ausencia  
 le dé causas suficientes,  
 que por tí desde aquel punto  
 que pude en los brazos verte  
 de otro hombre, ó lengua, que has  
 dicho?

ó lengua, que fácilmente  
 resvalas! pero qué mucho,  
 que mis agravios dixeses!  
 El entendimiento humano  
 es un reloj, á quien mueve  
 la memoria y voluntad.

que son las ruedas que tiene.  
Es la lengua la campana,  
por cuya causa acontece,  
que desconcertadas ellas,  
la lengua se desconcierne.

Ya lo he dicho, y mis agravios  
otra vez á decir vuelven,  
que has ofendido mi amor,  
pues amante me aborreces.

Y mi honor como marido,  
pues á querer te resuelves  
otro hombre, si bien mejor,  
disculpa que no mereces.  
Pues amor y honor se quejan  
de que su lealtad ofendes,  
que para sentir agravios,  
tambien son hombres los Reyes.

Que en efecto, los agravios  
sean, Fenix, de quien fueren,  
son en fin, como las almas,  
ni son hombres, ni mugeres.

*Fen.* Cárlos, aunque yo te he dado  
licencia para quererme,  
por mi estrella ó mi desdicha,  
no para hablarme insolente.  
Que en llegando á libertades,  
tan indignas, de quien puede  
igualar del Rey la sangre,  
pues de la suya descende:  
diré que eres mi criado;  
porque si aquí no procedes  
conmigo, como quien soy,  
y como dueño te atreves,  
haréte quitar la tuya,  
aunque la vida me cueste.

*Carl.* Pues quíeresme tú negar  
lo que mis ojos...

*Fen.* Detente,  
que te despeñan los ojos,  
que tal vez como jueces,  
por falsas informaciones;  
dan sentencias diferentes,  
de lo que fueran sabiendo  
la verdad.

*Carl.* Quando tú niegues  
que no fué el Rey, es un hombre  
él que en tu aposento alevé,  
entró aquella misma noche.

*Fen.* Eso es verdad.

*Carl.* Pues qué quieres?

*Fen.* Que sepas que la Condesa  
Lisarda, que vino á verle,  
quiso averiguar sus zelos,  
y que yo porque no hiciese  
fuerza el poder á mi honor,  
que determinado es fuerte,  
fui cómplice en el engaño.

*Carl.* El engaño bien se entiende,  
que es el que me has hecho ingrata,  
ni pudo sin que la vieses  
venir la Condesa aquí,  
ni ya que vino volverse.

*Fen.* Mientras estaba cazando  
llegó aquí secretamente,  
y con él alva salió;  
pero agora me parece  
por el sentimiento injusto,  
con que mi firmeza ofendes,  
que no son los zelos míos  
los agravios que encareces.  
Ya entiendo lo que ignoraba,  
vino la Condesa á verte,  
poniendo la culpa al Rey:  
tú viendo que el Rey la quiere,  
estás muy desatinado;  
pues, Carlos, quando previenes  
ausencia por otras damas,  
es bien que de mí te quejes,  
y que me pongas la culpa  
si prendas del Rey pretendes?  
Dexa mi honor que me cuestas  
mucho, para no tenerme  
el respeto de criado,  
que á lo marido me pierdes.  
Si quieres irte zeloso  
del Rey, quién puede tenerte?  
Cárlos tengo aunque te vayas,  
no hayas miedo que me queje  
de no tener prenda tuya,  
como se quejaba ausente  
Elisa Dido de Eneas,  
y quando no le tuviese,  
espada no ha de faltarme,  
aunque para darme muerte  
basta acordarme que fui  
muger, que pude atreverme

á querer hombre tan vil,  
que ha pensado baxamente,  
que merece que le ofendan,  
y que yo pude ofenderle.  
*Carl.* Fenix, Fenix, amor mio, la  
señora mia. *Fen.* No pienses  
engañarme con palabras,  
quando con obras me ofendes. *v.*

*Carl.* O lágrimas de amor, dulce vio-  
lencia,

ó llanto poderoso, ó fuerte en-  
canto,

ó Sirena fingida, á cuyo canto  
calla el rigor, y duerme la pru-  
dencia.

Contigo no hay valor, poder, ni  
ciencia,

que puede tanto un amoroso llanto,  
que el cielo con poder y saber tanto,  
no tiene para el llanto resistencia.

Pues siendo de muger, zelos y enojos,  
ni aun agravios sabrán mover el  
labio,

sino darle mil almas por despojos.

No se fie el mas cuerdo, honrado y  
sabio,

porque si espera ver llorar sus ojos,  
perdonará despues qualquier agra-  
vio.

*Vase, y sale Silvio, de camino.*

*Sil.* Esta, señor pensamiento,

es la Corte de Paris,

aquí labrador venis

á ser cortesano atento.

No, Corte, porque yo quiera

que esto me agradezcas ya,

vinoseme el alma acá,

que á fe que yo no viniera.

Huyóse Laura de mí,

que con aquesta mudanza,

supo bien tomar venganza

de haberle negado un sí.

Como sino fuese nada,

el sí para un casamiento,

siendo el mas fuerte instrumento,

que dexa el alma obligada.

Ó escritura! que despues

hace arrepentir á tantos,  
pues diciendo sepan quantos,  
ninguno sabe lo que es.

Mucho me debes amor,  
pues á la Corte he venido,  
haciéndome prevenido  
los avisos de un temor.

Dicen que hay cosas aquí,  
oh Paris! y que en tí caben,  
que aborrecen los que saben  
vivir y morir en tí.

Aquí diz que la verdad  
anda siempre rebozada,  
la memoria declarada,  
y falsa la voluntad.

Dicen que mueren de necios  
los que son mas entendidos,  
por no sufrir atrevidos,  
y por no escuchar desprecios.

Que con el pobre es cruel  
la soberbia y la codicia,  
que nunca alcanza justicia,  
y que ella le alcanza á él.

Que tiene el que es mas leal  
cara de pocos amigos,  
y que háy muchos ene migos  
para hacer y decir mal.

O Laura, grande poder  
el de tu hermosura ha sido,  
pues á Paris me ha traído  
donde me temo perder.

Aquí tengo de callar,  
sufrir, engañar, fingir,  
con quien se rie, reir,  
con quien llorar, llorar.

Alabar al cuerdo, al loco,  
al idiota, al incapaz,  
que importa vivir en paz,  
sufrir mucho y hablar poco. *vase.*

*Sale Laura en hábito de dama, y  
Dionis, criado.*

*Dion.* Despues Laura, que has mu-  
dado

el traje, tan linda estás,  
que á quantos te miran das  
con tu descuido cuidado.

Yo estoy perdido por tí.

*Laur.* Pues pregonate, que yo  
del aldea truxe un no,  
que en su aspereza aprendí.

El hábito cortésano  
no muda la condicion.

*Dion.* Paga, Laura, mi afición.

*Laur.* Quedo, y sin tocar la mano,  
y veté con Dios, Dionis:  
mira que Carlos te espera.

*Dion.* Esto poquito te altera?  
á qué veniste, á París?

*Laur.* A no ver como en mi aldea  
asnos, y hay muchos acá;  
vete que te aguarda ya.

*Dion.* Que tal tu aspereza sea?  
Voyme á la Corte, y dexo  
el cuidado de ablandarte.

*Laur.* No será la Corte parte,  
si con mi honor me aconsejo.

*Sale Silvio.*

*Sil.* Todos estamos acá,

señora Laura. *Laur.* Quién es?

*Sil.* Silvio, Laura, no me ves?

ó desconocesme ya?

*Laur.* Silvio?

*Sil.* Después que dexaste

la aldea en que te has criado,

hasta el hábito has mudado,

mas qué mucho si mudaste

el alma con él tambien,

y la has puesto en el eriado

de Carlos? *Laur.* No has escuchado,

Silvio, mi respuesta bien:

Pero á que vienes acá,

á decirme desvarios,

con unos zelos tan frios?

*Sil.* Pensé que pudiera allá

vivir sin tí, engaño fué,

pues no hay álamo en el prado

sin letras de mi cuidado,

para que crezca mi fe,

Jamás al alva salí,

que hallase en todas sus flores,

de tu rostro las colores,

ni manso arroyuelo ví,

que como tú se riese,

aunque á su puro cristal

diese la margen copal,

y perlas la arena diese.

Todo fué tristeza y luto

dexándome tu rigor,

ni planta miré con flor,

ni flór que esperase fruto.

En todo hallé soledad,

y como en inada te hallé,

determinéme á la fe,

á venir á la ciudad.

Vesme aquí, Laura, qué piensas

hacer de mí? *Laur.* Bien pudiera

agora, si yo quisiera,

vengarme de tus ofensas.

Pero quiero proceder

como muger cortésana,

que no quiero ser villana,

aunque lo pudiera ser.

Yo soy toda la privanza

de Fenix, yo haré que estés,

en su casa, ó prueba un mes

hasta entender la mudanza.

Que aquí podremos tratar

lo que nos esté mejor,

mas no has de ser labrador.

*Sil.* Ya sé que no hay que labrar

en los campos de la Corte

siempre estériles, mas dí,

qué puedo yo hacer aquí,

que para vivir me importe?

Qué oficio tendré en su casa

del Conde? *Laur.* Si has de servir

á Carlos, no hay que pedir

oficio mientras se casa.

Mas, pues á la Corte vienes,

entra con mucha humildad,

ganando la voluntad,

Silvio, pues ingenio tienes.

Que te quieran bien procura,

por bien hablado, y bien visto,

que hacerse un hombre malquisto,

es necedad y locura.

Con decir de todos bien,

hay correspondencia igual;

porque si tú dices mal,

de tí de dirán tambien.

*Sil.* Acompañate con buenos,

y tú lo parecerás;

respetá, al que sabe mas,

y alienta al que sabe ménos.

No te metas en tu vida  
á bachiller, porque es cosa  
notablemente enfadosa,  
cansada y aborrecida.

Nadie en efecto te arguya  
aunque estén de infamias llenas,  
de mirar casas ajenas,  
sino de guardar la tuya;  
honrar mugeres codicia,  
no lo desigual igualas,  
de cortesía á las malas,  
y á las buenas de justicia.

Que con estos documentos  
segura vida tendrás.

*Sil.* Tienes que decirme mas? (tos)

*Laur.* Que aquestos seis manda mien-  
cifran dos. *Sil.* Atento estoy,  
que me debe de importar.

*Laur.* No fiar ni porfiar.

*Sil.* Esa palabra te doy.

*Vase, y salen el Rey, Lisarda y  
Cesar.*

*Rey.* Siempre, Lisarda, he pensado  
en tu remedio. *Lis.* Lo creo,  
gran señor, de tu deseo,  
de tu amor y tu cuidado.

*Rey.* Condesa, yo te he casado  
para sosegar mejor  
á los que hablan en tu honor,  
porque mirar por la fama  
de lo que quiere quien ama  
es el verdadero amor.

Pienso que conocerás  
el dueño que darte quiero,  
que es Carlos un caballero  
que no hay que decirte mas.

A tu estado añadirás  
otro que yo quiero darte,  
por pagarle, y por pagarte  
dos grandes obligaciones.

*Lis.* En muchas, señor, me pones  
de servirte y de alabarte.

No es ese Carlos criado  
de Arnaldo? *Rey.* Lisarda, no;  
es criado el que sirvió,  
pero no el que se ha criado.

Su hermano al Conde le ha dado  
por padre en su larga ausencia,  
mira tú si hay diferencia,  
y si esta verdad abona  
en su gallarda persona  
aquella ilustre presencia.  
Débole á Carlos la vida,  
débele Francia su Rey:  
mira tú si es justa ley  
pagar deuda tan debida.  
Si mi amor no se te olvida,  
tambien obligada estás,  
y de mí conocerás  
si estimo este caballero,  
que en darle lo que mas quiero  
no puedo pagarle mas.  
De Alexandro se alabó,  
que dió su amada Campaspe,  
con que en bronce, en oro, en  
jaspe,

esta hazaña eternizó.

Lo mismo quiero hacer yo  
para ganar mayor palma,  
puesto que me dexa en calma  
perderte, y ser mi homicida,  
pues á quien me dió la vida,  
no le doy ménos que el alma.

*Lis.* Pues ha dicho vuestra Alteza  
su razon, será razon  
que yo le diga la mia:  
esté atento. *Rey.* Atento estoy.

*Lis.* Conozco que fuy culpada  
en dexar que su aficion  
pudiese obligar la mia;  
mas fué disculpado error.  
Porque tengo pensamientos  
de tan noble presuncion,  
que á no imaginarme Reyna,  
no estimára su valor.  
Con esto, y que vuestra Alteza  
algunas veces me dió,  
sino esperanzas, engaños,  
creció mi satisfacion.

En medio pues destas cosas,  
que na quiero, gran señor,  
traerlas á la memoria  
para mayor confusion;  
porque palabras y plumas

siempre el viento las llevó,  
 y requiebros y papeles  
 pienso que lo mismo son:  
 á Fenix vió vuestra Alteza,  
 y en Fenix su nombre vió,  
 concepto que trae consigo  
 para qualquiera ocasion.  
 Enamoróse, y confieso,  
 que muy bien se enamoró,  
 que no tiene ley el gusto,  
 ni fuerza la inclinacion.  
 Llegó luego á mi noticia,  
 que no hay cosa mas veloz  
 que una mala nueva al dueño,  
 y aun la avisa el corazon.  
 Debe el avisado albricias  
 del mal á quien le avisó,  
 porque un daño prevenido  
 es quando llega menor.  
 Supe tambien que á una aldea  
 de temor se retiró,  
 adonde fué vuestra Alteza  
 en forma de cazador.  
 Por averiguar mis zelos,  
 del amor fuerte pensión,  
 más no quando son agravios,  
 que son infamia de amor,  
 en una carroza partó,  
 digo á Fenix mi pasión,  
 díome su aposento Fenix,  
 donde vuestra Alteza entró.  
 Lo que pasó ya lo sabe,  
 y ántes que saliese el sol  
 vuelvo á París, y conmigo  
 mi desengaño volvió.  
 Cuesta mucho un desengaño,  
 y lo que aquel me costó,  
 quien ama, y los ha tenido,  
 sabrá el estado en que estoy.  
 Esto pasára en silencio  
 mi amor por su propio honor,  
 que quien dice sus desprecios,  
 afrenta su estimacion.  
 Pero llegado el engaño  
 á tan extraño rigor,  
 que vuestra Alteza me case,  
 sabiendo París quien soy,  
 con un criado de Fenix,

es tan grande sinrazón,  
 que dará lengua á las piedras,  
 y á la mas cuerda furor.  
 Si Carlos mató la fiera,  
 que á vuestra Alteza sacó  
 del caballo, pague Fenix  
 lo que fué su obligacion.  
 Qué culpa tiene Lisarda  
 si por Fenix sucedió?  
 porque yo á la misma Fenix  
 tendria por deshonor  
 recibirla por criada,  
 no siendo su dueño vos.  
 Que en sangre, en talle, en ingenio,  
 yo pienso que soy mejor,  
 no siendo vos el juez,  
 que teneis mucha pasión.  
 Y con esto os desengaña,  
 porque primero que yo  
 sea de Carlos, ni Francia  
 juntos nos halle á los dos,  
 tendrán los quatro elementos  
 paz en su disforme union,  
 quietud las aguas del mar,  
 piedad la envidia feroz,  
 la ambicion descanso y gusto,  
 buena fortuna el temor,  
 amor paciencia agraviado,  
 y los zelos discrecion.  
 Case vuestra Alteza á Carlos  
 con Fenix, que yo le doy  
 palabra que calle Carlos,  
 y que ella no diga no.  
 Que con esto y su licencia  
 desengañada me voy,  
 y si no manda otra cosa,  
 mil años le guarde Dios. *vase.*  
**Rey.** De mi paciencia me espanto,  
 el ser muger me disculpa.  
**Ces.** Vuestra Alteza tiene culpa  
 de haberla escuchado tanto.  
 Pero pues tiene poder,  
 por qué se ha de resistir?  
**Rey.** Esto, Cesar, es decir,  
 y no es el decir hacer.  
 Claro está que ha de ser fuerza,  
 si no fuere voluntad.  
**Ces.** El parecer liviandad

á que se queje la fuerza.  
 Pero pues que zelos son  
 de Fenix, oye, y verás  
 como entre los dos pondrás  
 tan notable confusion,  
 que si algun amor habia  
 cese para siempre en ellos.

*Rey.* Si fuese sin ofendellos,  
 notable industria seria.

*Salen Carlos, Dionis, y Silvio vestido de lacayo.*

*Carl.* El Rey me envia á llamar,  
 y llevo notable pena.

*Dion.* Pues no pases desta sala,  
 que allí está hablando con Cesar.

*Carl.* Cómo, Silvio, entraste aquí?

*Sil.* Señor, por ver la grandeza  
 del Palacio, que á mi Rey  
 ya le he visto en nuestra aldea.

*Ces.* Allí está, Carlos, señor.

*Rey.* Carlos?

*Carl.* Deme vuestra Alteza  
 los pies. *Rey.* Yo te debo, Carlos,  
 la vida; pagarte intenta  
 mi obligacion. *Carl.* Mi humildad  
 levantaréis de la tierra.

*Rey.* He tratado con Arnaldo  
 casarte con la Condesa

Lisarda, y como señora,  
 por humilde te desprecia.

Yo quiero que la enamores,  
 porque no hay mas dulce fuerza  
 de conquistar voluntades,  
 porque yo sé de tus prendas,  
 que rendirán qualquier dama,  
 por mucho que se defienda.

Cesar te dará dineros,  
 joyas, caballos, libreas,  
 no quiero mas de que pongas  
 tu persona y tu prudencia.

Esto ha de ser sin decir,  
 que yo te mando que emprendas  
 servirla, que si lo dices,  
 perderás, Carlos, con ella  
 mi gracia, y quizá la vida:  
 de dia galan pasea  
 su calle, y de noche armado

ronda su puerta y sus rejas.  
 Hasme entendido? *Carl.* Señor.

*Rey.* No repliques: á qué guerra  
 te envío yo, á qué peligro,  
 á qué difícil empresa?

Á qué mar llevas armada  
 para poner mis vanderas  
 en las mas remotas playas?

*Carl.* Pluguiera á Dios que eso fuera,  
 que yo lo supiera hacer.

*Rey.* Carlos, Carlos, esto es fuerza,  
 hacer lo que manda el Rey  
 es ley de naturaleza.

Venid con Cesar, tú luego,  
 sin que en Palacio se entienda,  
 le darás diez mil escudos. *vase.*

*Ces.* Ven, Carlos.

*Carl.* El Rey ordena  
 mi muerte, Fenix la causa,  
 al poder no hay resistencia. *vase.*

*Sil.* Qué lleva Carlos? *Dion.* No sé.

*Sil.* Con el Rey lleva tristeza,  
 válgame Dios, quién pensara  
 que en los Palacios la hubiera?

### ACTO TERCERO.

*Salen Lisarda, Carlos, Celia,  
 y Silvio.*

*Lis.* Quise enviarte á llamar,  
 perdona haberte apeado,  
 Carlos, que me das cuidado,  
 para hablarte y descansar.

Para quién, Carlos, te armas,  
 para quién la bizarría  
 de tantas galas de dia,  
 de noche de tantas armas?

Qué causa el dia te doy,  
 que nunca esta calle dexas?

Qué les dices á mis rejas  
 quando yo durmiendo estoy?

Qué motivo puede haber?  
 ya has dado bien que decir,

Carlos, yo te quiero oír,  
 pues que tú me quieres ver.

Grandezas has descubierto,  
 que dan á entender valor,  
 eres algun gran señor,

que anda en la Corte encubierto?  
 Declara tu oculto nombre,  
 ya es ignorancia callar,  
 que tanto andar sin hablar,  
 Carlos, no es efecto de hombre.  
 Como a todos sospechoso,  
 puesto me has en confusión,  
 porque es tanta ostentacion  
 digna de un Rey poderoso.  
 Si es encogimiento, advierte,  
 que ya me tienes aquí;  
 porque reparando en tí,  
 ya no me pesa de verte.  
 Habla, licencia te dan  
 mi calidad y mi fama,  
 porque estas, Carlos, tan dama,  
 que vengo á ser el galan.  
*Carl.* Señora, no sé qué os diga,  
 solo sabed, que mi intento  
 es un nuevo pensamiento,  
 que á lo que deis me obliga.  
 No sé yo qual de los dos  
 está mas confuso aquí,  
 vos preguntándome á mí,  
 yo respondiendos á vos.  
 Mirad en tal contingencia  
 qué podeis imaginar,  
 porque yo no os puedo hablar,  
 aunque vos me deis licencia.  
 Y así la tomó deirme  
 por no poder detenerme,  
 que hay á quien pesa de verme,  
 quando vos gustais de oirme.  
 Esta gala, este paseo  
 tiene tal competidor,  
 que es amor, y no es amor,  
 es deseo, y no es deseo.  
 Es violencia, y no es violencia,  
 es rigor, y es amistad,  
 es fuerza, y es voluntad,  
 es licencia, y no es licencia.  
 Tiene el provecho en el daño,  
 y el remedio en el temor,  
 es favor, y no es favor,  
 es engaño, y no es engaño.  
 Con que no sabreis jamás  
 la causa, de mí á lo mienos,  
 porque habeis de saber, mienos

mientras os dixere mas.  
*Lis.* Vos quereisme bien? *Carl.* No sé.  
*Lis.* Pues qué pretendéis? *Carl.* Serviros.  
*Lis.* Hablad.  
*Carl.* No sé qué deciros.  
*Lis.* Pues por qué?  
*Carl.* No sé por qué...  
*Lis.* Si sabeis. *Carl.* No puedo hablar.  
*Lis.* La razon?  
*Carl.* Porque no puedo...  
*Lis.* Descortes sois.  
*Carl.* Tengo miedo.  
*Lis.* A quién? *Carl.* Mandóme callar.  
*Lis.* Qué necesidad! *Carl.* Es por vos.  
*Lis.* No me sirvais. *Carl.* Yo quisiera.  
*Lis.* No me miréis.  
*Carl.* Quién pudiera?  
*Lis.* Pues idos.  
*Carl.* Quedad con Dios. *vase.*  
*Lis.* Ah gentil hombre! *Sil.* Soy yo  
*Lis.* Oidme: *Sil.* Yo, para qué?  
*Lis.* Servis á Carlos? *Sil.* No sé.  
*Lis.* Sabeis lo que es esto? *Sil.* No.  
*Lis.* Pues con él no entrastes? *Sil.* Sí.  
*Lis.* Dónde estais?  
*Sil.* En su posada.  
*Lis.* Algo sabreis. *Sil.* No sé nada.  
*Lis.* De quién os temeis? *Sil.* De mí.  
*Lis.* Qué necios estais! *Sil.* Por vos.  
*Lis.* No pensais hablar? *Sil.* Soy firme.  
*Lis.* Qué aguardais?  
*Sil.* Licencia deirme.  
*Lis.* Yo os la doy.  
*Sil.* Quedad con Dios. *vase.*  
*Lis.* Ay Celia! quién entendiera  
 lo que este Carlos pretendiera.  
*Cel.* Bien fácilmente se entiende,  
 que éste hablara si pudiera.  
 Teme el gran competidor,  
 que tiene en el Rey.  
*Lis.* No sé,  
 puesto que el Rey no me vé  
 de que procede el temor.  
 Si su ingratitud ha sido  
 causa que de aquella historia  
 ya no haya en mi amor memoria,  
 que no la sepulte olvidado.  
 Reparando en Carlos bien,



hombre digno me parece de amarle. *Ces.* Bien lo merece, y el Rey tu olvido tambien.

*Lis.* Si por él no se declara, y Carlos tiene el valor que muestra, tendréle amor.

*Ces.* Señora, la causa es clara, y que el no hablarte es por él.

*Lis.* Es ya su valor tan grande, que aunque el Rey no me lo mande, pienso casarme con él.

*Vanse, y salen el Rey y Cesar.*

*Rey.* Vano fué mi remedio.

*Ces.* No muy vano, pues ya te mira con semblante humano

Fenix que se mostraba tan ayrada, y parece que Carlos no le agrada; sin esto, la Condesa á Carlos mira.

*Rey.* Mi sufrimiento con los dos me admira, mas tengo aquel servicio tan presente,

que no hay remedio que mi amor intente,

que siendo contra Carlos le permita,

Carlos á la Condesa solicita, mas no por eso Fenix le desprecia, mi voluntad en porfiar tan necia, estando aquesta noche desvelado, un remedio me ha dado que ha lle-

gado á ser como el enfermo que no duer-

me, pensando en los remedios que he de hacerme.

*Ces.* X qué remedio ha sido?

*Rey.* Este es el Conde, oid lo que le digo, y me responde.

*Sale el Conde.*

*Cond.* Qué es, señor, lo que manda vuestra Alteza?

*Rey.* Conde, la confianza en la nobleza de vuestra sangre, á daros un cuidado,

en que me va la vida, me ha obligado.

*Cond.* La vida, gran señor? guardaos el cielo,

mi sangre sabe Francia, y vos mi zelo.

*Rey.* Poned la mano, Conde, en vuestra espada.

*Cond.* No estaba en otra edad mal enseñada.

*Rey.* Jurad por ella de guardar secreto.

*Cond.* Y con pleito homenaje os lo prometo.

*Rey.* Yo caso á Carlos, el que hábeis criado,

del servicio que vistes obligado, fáltale calidad, que darle quiero, diciendo vos, como de vos lo espero, que es vuestro hijo, habido en otros años,

quando de amor se sufren los engaños,

y esto á Fenix, y á él para que puedan

decirlo á todos, pues hermanos quedan.

*Cond.* Cosa tan justa, justamente obliga,

que ser hermanos á los dos les diga, para que á Carlos calidad le sobre, que si vos le casais, no será pobre, que en verle paear á la Condesa Lisarda, que de verle no le pesa, con tantas galas, bien imaginaba, que en vuestra Alteza la ocasion le daba,

al pasado servicio agradecido.

*Rey.* Esto con el secreto, Conde, os pido.

*Cond.* Voy á servirlos, y á decirle á Fenix

lo que ha de serle de tan grande gusto,

y yo llevo, señor, el que es tan justo

de ver de vos á Carlos tan honrado, mi hijo es Carlos, pues que le he criado.

*Rey.* Qué te parece desto?

*Ces.* Que en sabiendo

que son hermanos, cesará el que-  
rerse,

podrá sin esto el casamiento hacerse  
de la Condesa y Cárlos, pues le  
has dado  
calidad.

*Rey.* Quién hubiera imaginado  
sino un zeloso, industria semejante?

*Ces.* No hay lince tan sutil como un  
amante.

*Vanse, y salen Fenix y Cárlos.*

*Fen.* No hay cosa que mas me admire,  
que ver que llegues á hablarme,  
y que de solo mirarme,  
el temor no te retire.

*Carl.* No quieres que te hable y mire  
un hombre que está inocente?

*Fen.* Cruel, que engañarme intente  
tu lengua en cosa tan clara,  
que quando yo la ignorára,  
me la dixera la gente?

Hay en París otro cuento  
sino tu amor? es la empresa  
de servir á la Condesa  
mi secreto pensamiento?

Bebes en su calle el viento,  
no hay hombre que no te halle  
en su rexa, y en su calle;

y en verte se escandalice,  
y lo que la calle dice,  
quieres tú que yo lo calle?

Estraño pago me has dado;  
cómo en esto he conocido,  
que eres hombre mal nacido,  
mal nacido y bien criado!

En fin, quedarás casado  
con Lisarda, bien harás:  
qué buena me dexarás!

qué bien que supe escogerte,  
ya que me quise perder!

*Carl.* No mas mis ojos, no mas:  
no llores, que vive Dios,  
que no guarde ley al Rey,  
porque no puede haber ley,  
que me obligue contra vos.

Sabed, mi bien, que los dos,

el Rey, y Cesar os digo,  
han concertado conmigo,  
que sirva á Lisarda yo.

No con el alma, eso no,  
no. Fenix, Dios me es testigo,  
el fin que llevan, es darte  
de aborrecerme ocasion,  
no sabiendo la razon,  
que á amarme debe obligarte.

No he querido declararte  
el secreto, que en efeto  
estoy al rigor sujeto  
de su mano poderosa,  
que de una muger zelosa  
no se ha de fiar secreto.

Pero en viéndote llorar,  
y llamarme mal nacido,  
mátame el Rey, pues ha sido  
el que me pudo obligar,

Fenix, á hacerte pesar,  
que quando la queja suya,  
á deslealtad lo atribuya,  
no hay vida, ó perdon que pida,  
que mas que vale mi vida,  
pese una lágrima tuya.

Como caerse del cielo  
las estrellas, así son  
tus lágrimas, no es razon,  
Fenix, que las goce el suelo.

Dame en tanto mal consuelo,  
recoge, pues, las estrellas,  
que lloras mi vida en ellas,  
mira que un niño que tienes  
harás llorar; si á hacer vienes,  
que lloren niñas tan bellas.

Dame esos brazos.

*Fen.* Desvia.

*Carl.* Al mí me niegas los brazos?

*Fen.* Sí diera, si fueran brazos.

*Carl.* Lazos fuéron algún día;  
pues advierte, Fenix inia,  
que por fuerza he de abrazarte.

*Fen.* Sabré mil vidas quitarte.

*Carl.* No sabrás porque te adoro.

*Fen.* No me pierdas el decoro,  
que he de matarme, ó matarte.

*Sale el Conde.*

*Cond.* Qué es esto, Fenix, qué es esto?

En qué los dos estos días  
andáis con tantas porfias,

tú airada, y tú descompuesto?

*Fen.* Yo, señor?

*Cond.* Y tú también,

es buena descompostura?

*Carl.* A quien servirte procura,  
que le traten mal, no es bien:  
Y pues que nos has hallado,  
señor, en esta pendencia,  
quiero, si me das licencia,  
decirte lo que ha pasado.

Que por todo pasaré;  
pero no por cosas baxas,  
que reconozco ventajas  
en la sangre, y no en la fe.  
Porque en verdad y lealtrad  
pienso que soy el primero  
del mundo.

*Cond.* Cárlos, ya espero  
de tan necia enemistad  
saber la causa.

*Carl.* Es bastante

para irme, ó no vivir,  
da mi señora en decir,  
que un anillo de un diamante  
que le falta, he sido yo  
señor quien se le ha tomado,  
pensamiento que le ha dado  
desde que galan me vió.

Y aun que le digo que el Rey  
diez mil escudos en oro  
me ha dado, contra el decoro  
debido por justa ley  
á un hombre que tú has criado,  
no es posible que me crea.

*Cond.* Fenix, de cosa tan fea  
puede ser Cárlos culpado?

*Fen.* Si yo le veo servir  
á Lisarda, no es razon  
que tenga esta presuncion?

*Carl.* Esto tengo de sufrir?  
Deme vuestra Señoría  
licencia, que un hora mas  
no he de estar en casa.

*Fen.* Harás

una grande bizzarria.

Vete, pero no lo creo,  
que te tiene el alma asida  
Lisarda.

*Cond.* Muy atrevida,

Fenix, con Cárlos te veo,  
y yo sé que está inocente,  
y que tú engañada estás.

*Fen.* Con las alas que le das,  
qué cosa habrá que no intente?  
Déxale ir: qué ha de hacer  
Cárlos aquí ya tan hombre?

*Carl.* Bien dice, que hasta mi nom-  
bre

debe ya de aborrecer.  
Dame licencia, y la mano,  
guerras hay.

*Cond.* Cárlos, advierte,  
que ya me dáis ocasion,  
sin la que el tiempo me ofrece,  
para que un secreto os diga,  
con que os trateis de otra suerte  
que hasta aquí os habeis tratado,  
pues será tan igualmente  
como merece el amor,  
que de justicia se debe  
á la sangre.

*Fen.* Estoy tamblando.

*Carl.* Alguna desdicha teme  
destas palabras el alma.

*Cond.* Hoy la lengua se resuelve  
á que del silencio antiguo  
lazos tan injustos quiebre.  
Otro respeto, otro amor  
en vuestros pechos comience,  
cese el nombre de criado.  
Cárlos es tu hermano, Fenix:  
Fué prenda en mis verdes años  
de una dama, á quien la muerte  
llevó de su parto, honrando  
el Arco, por quien le pueden  
llamar, Fenix, desde-entónes,  
en vez de mortal celeste.  
Hermanos sois, ya lo he dicho  
al Rey, porque el Rey le quiere  
casar con Lisarda, á efeto  
que sepa que la merece.  
Que si por ser mi criado,

para ser su esposo pierde,  
siendo mi hijo Don Carlos  
la iguala, si no la vence.  
Con esto os dexo á los dos,  
porque abrazos tan alegres  
no me enternezcan el alma,  
como las memorias suelen. *vase.*

*Carl.* Ha llegado al oído  
de un hombre desdichado  
nueva tan infeliz: Fenix, qué es esto?

*Fen.* Carlos, pierdo el sentido,  
que el corazón turbado  
parece que en los ojos se me ha  
puesto.

*Carl.* Quisiera descompuesto  
decir y hacer locuras:  
yo, Fenix, soy tu hermano?  
ah cielo soberano,  
qué puedo hacer en tantas desven-  
turas,  
puesto que mi inocencia  
disculpa tanto error con tu cle-  
mencia?

Perderte, esposa mia...  
esposa dixes, miento,  
es fuerza, pues ya sé que eres mi  
hermana:

ó padre, qué alegría,  
qué gusto, qué contento  
pensaste dar á mi esperanza vana!  
pues no será tirana  
de mi amor la Condesa,  
mi ausencia es ya forzosa  
de mi hermana y mi esposa,  
aunque parece temeraria empresa;  
pues si con ella quedo,  
ni dexarla de amar, ni amarla  
puedo.

De un angel, padre y tío,  
qué puedo hacer, ay triste!  
ó quien no hubiera sido tan di-  
choso!

oh extraño desvarío,  
que apenas le resiste,  
*Fenix,* el desengaño poderoso;  
amanecí tu esposo;  
y anochezco tu hermano,  
ó fortuna terrible,

pues no será posible  
si aquí me quedo resistirme en  
vano,

fuerza será ausentarme,  
que ménos es perderte que casarme.  
A Dios, Fenix querida,  
á Dios, esposa amada,  
á Dios, hermana, por mi triste  
suerte,

la prenda de mi vida  
en tí depositada  
te queda por memoria de mi  
muerte,

que la trates advierte  
como de esposo muerto,  
como de ausente prenda,  
el alma te encomienda  
la fe primera del primer concierto,  
que yo donde estuviere,  
te guardaré lealtad mientras vi-  
viere.

*Fen.* Si lágrimas, esposo,  
iba á decir hermano,  
no te espantes, que ha poco que  
lo eres,

pueden de mi amoroso  
pecho, el rigor tirano  
mostrar, no es justo que á la len-  
gua esperes,

yo quiero, si tú quieres,  
que juntos nos acabe  
una muerte dichosa;  
poco ha que fuí tu esposa,  
que soy tu hermana amor apenas

sabe;  
pues qué mas dulce suerte, (te?)  
que con aquesta fé darnos la muer-

Pero si aquella prenda  
de los dos adorada  
no puede quedar sola, y no te fias  
de que tu amor no ofenda  
la fe desengañada

con el trato amoroso que solias  
pasar noches y días  
tan cerca de mis brazos,  
vete, Carlos, que es justo  
no dar este disgusto  
al cielo que hoy defiende tus abra-

vete, que sola ausencia  
hace al amor tratado resistencia.  
Que si el Rey porfiase  
en darte á la Condesa,  
por mas que ser tu hermana y no  
tu esposa;

Cárlos, imagínase,  
el alma te confiesa,  
que muriera zelosa y envidiosa;  
mas esta prenda hermosa,  
este Cárlos pequeño,  
llevale allá contigo,  
no ha de quedar conmigo,  
siga las desventuras de su dueño,  
porque tengas presente  
á quien tan presto has de olvidar ausente.

*Carl.* Desesperado intento!  
perdernos, Fenix, quieres  
á los dos en un dia?

*Fen.* Será justo,  
que un hombre de tu aliento  
se crie entre mugeres?  
suceda de una vez todo el dis-  
gusto.

*Carl.* Mira que es caso injusto.

*Fen.* Sí, Cárlos, mas forzoso,  
que nuestro pensamiento,  
dirá mi sentimiento,  
y quedará mi padre sospechoso,  
y es quitarle la vida  
si entendié que yo fuí tan atrevida.  
Ven esta noche, hermano, no  
nunca yo lo dixera,  
de tu casa á la nuestra con se-  
creto,

y con ese villano  
la puerta me espera,  
darete el niño que nació sujeto  
á tanto mal del mundo.

*Carl.* Qué efecto  
de un amor tan notable?

*Fen.* Qué desdicha perderte?

*Carl.* Dexarte yo y qué muerte?

*Fen.* Qué estado entre los dos tan  
miserable?

*Carl.* Loco estoy.

*Fen.* Yo perdida.

*Carl.* Yo voy sin alma, Fenix.

*Fen.* Yo sin vida.

*Vanse, y salen Laura y Silvio.*

*Laur.* Eso es cierto?

*Sil.* Y es tan cierto,  
que no hay otra cosa en casa,  
y sin esto, que se casará  
y que hoy se firma el concierto.

*Laur.* Muerta estoy.

*Sil.* Pues tú de qué?

*Laur.* Yo me entiendo.

*Sil.* Pues qué daño  
os viene del desengaño?

*Laur.* Ese, Silvio, yo le sé.

*Sil.* Si es su hermano natural  
Cárlos de Fenix, no puede  
quitarle su hacienda.

*Laur.* Excede  
otro mal, del mayor mal.

Demas de que el casamiento  
de la Condesa se hará,  
con que Cárlos quedará  
rico, próspero y contento.

*Sil.* A la fé Laura, que has sido  
fuerza decir la verdad,  
pues dántole calidad,  
fué de Lisarda marido.

O qué librea me espera  
en las bodas! pesa tal,  
no mas aldea y sayal,  
vida rústica y grosera.

Corte, sí, Corte es vivir,  
bien vestir, mejor comer,  
sin pensar en que ha de haber  
ni mañana, ni morir.

Aquí la vida es cometa,  
resplánder y pasar,  
no mas campos, ni esperar  
un astrólogo profeta,

que imprimiendo necedades  
en un pliego de papel,  
quiere gobernar por él  
las supremas voluntades.

No quiero esperar un Mayo,  
ni un planeta antojadizo,  
que disparando graaizo  
sear de mis viñas rayo.

Mas quiero esperar aquí  
traicion y murmuracion,  
que allá langosta y pulmon  
no me picaron á mí.

Porque al que me murmurare  
le sabré sus faltas yo,  
porque ninguno nació  
sin alguna en que repare.

Para qué quiero que el cura  
salga á conjurar nublados,  
que aquí con ménos cuidados  
la enemistad se conjura? (do

*Laur.* Ah, Silvio, pues yo me acuer-  
quando la Corte infamabas,  
y al que vivia, llamabas  
en la aldea, sabio y cuerdo.  
El agua dulce te ha hecho  
mudar condicion y gusto,  
ya París te viene al justo,  
ya tienes mas blando el pecho.  
Ah, Silvio, que no has probado  
aquello del memorial,  
del que por quererte mal,  
incita al mal informado.  
Quando la justicia veas,  
que el enemigo te envia  
por malicia y cobardia,  
qué diras de las aldeas?  
Quando veas que si vienes  
con dineros hallarás  
amigos, pero no mas  
de quanto que darles tienes,  
alabarás á París?

*Sil.* Pues algo no ha de costar?

*Laur.* Sí, pero es mucho pesar.

*Sil.* Laura, vosotras decís,  
que por tener hermosura  
se ha de pasar qualquier cosa,  
mira tú por ser hermosa  
lo que una muger procura.  
Qué martirios no padece  
una miserable cara,  
hasta que en no serlo para,  
y en mocedad ñevejece.  
Una discreta llamaba,  
que era el agua su deleite,  
testigo falso al afeite,  
porque los dientes quitaba.

No tienes que predicarme,  
yo soy cortesano ya.

*Sale Carlos.*

*Carl.* Esta aquí Laura?

*Laur.* Aquí está.

*Carl.* Laura, solicita darme  
la ropa que tienes mia.

*Laur.* La ropa y el parabien  
de que te casas tambien  
con aquella señoría.

Muchos años, Conde seas,  
y hermano de mi señora,  
aunque es parabien que ahora  
pienso que no le deseas.

*Carl.* Laura, que su hermano so y  
de Fenix, aunque me admira,  
es verdad, pero es mentira  
que me caso, pues me voy.

*Laur.* Qué, te vas?

*Carl.* Sí, Laura, á España:  
ea Silvio, si has de ir  
connigo, para partir  
te apresta.

*Sil.* Violencia extraña!  
Quando en toda la Ciudad  
se trata tu casamiento,  
te vas á España?

*Carl.* Este intento  
nace de otra voluntad.

*Sil.* Esperaba yo librea.

*Carl.* Pues de camino será. *vase.*

*Laur.* Ves como Carlos se va,  
es mas segura la aldea?

*Sil.* Digo que tienes razon:  
á Dios, Laura, bien decís  
los que vivís en París,  
sus gustos mudanzas son.

*Laur.* Qué presto me olvidarás?

*Sil.* De ti no llevo cuidado,  
que ya me habrás olvidado  
antes que parta, y aun mas.

*Laur.* Dios te dé dicha en España,  
Silvio.

*Sil.* Bien es menester:  
en fin me voy á perder.

*Laur.* Por qué?

*Sil.* Porque es tierra extraña.

*Laur.* Extraña de tu pais,

mas del mundo la mejor.

*Sil.* Bien me estaba labrador:  
á Dios, Laura, á Dios París.

*Vanse, y salen Cesar y el Rey de noche.*

*Ces.* Próspero suceso ha sido.

*Rey.* Resultaron dos efectos,  
Cesar, notables entrambos.

*Ces.* Como de tu claro ingenio.

*Rey.* Lisarda desengañada  
de mi voluntad, ha puesto  
los ojos en Carlos, Fenix  
ha mudado el pensamiento.

*Ces.* Claro está, que si Lisarda  
tiene de Carlos por cierto,  
que es hijo del Conde Arnaldo,  
tratará su casamiento.

Porque tiene prendas Carlos,  
para poner su deseo,  
como con Fenix las tuvo  
para abrasarte de zelos.

*Rey.* Díxome el Conde, que estaban  
tan admirados y atentos,  
que apenas mostraron gusto  
de saber que hermanos fueron.  
Y es que como nos sospecha,  
lo que de Fenix sospecho,  
piensa que esta admiracion  
nació del mismo suceso.

Por lo ménos yo he pagado  
á Carlos lo que le debo,  
casándole con Lisarda,  
y libre de zelos, puedo  
seguir la empresa de Fenix,  
que es el último remedio.

Esta es su casa del Conde,  
como grave amante vengo  
donde no puedo de día.

*Ces.* Grande es tu amor.

*Rey.* Es inmenso; ¿qué hora será?  
*Ces.* Las once.

*Rey.* Que le sirva de consuelo  
á un amante el ver de noche  
las ventanas de su dueño?

*Ces.* Como asiste el alma en él,  
descansa mas asistiendo  
mas cerca, señor, del alma.

*Rey.* Notable desasosiego  
en la hermosura de Fenix  
padece mi entendimiento.

Yo pienso que si llegase  
á saber lo que padezco,  
que de otra suerte pusiese  
á mis cuidados remedio.  
No vivo, Cesar, no vivo,  
y te confieso que siento,  
que siendo quien soy, me tenga  
en un estado tan necio  
terrible pasion de amor.

*Ces.* Oye, señor, que han abierto  
la puerta de aquel jardin,  
que sale al patio primero.

*Rey.* Muger parece quien sale.

*Ces.* No es sin causa.

*Rey.* A verla llevo.

*Sale Fenix con el niño de la mano.*

*Fen.* Sola mi fortuna pudo  
obligarme á lo que vengo;  
pero perdiendo la vida,  
qué mayor fortuna temo?  
Allí estan Carlos y Silvio,  
Carlos mio, llega presto,  
porque no es posible hablarte,  
sabe Dios lo que lo siento.  
El Conde me está esperando,  
aquí te doy quanto puedo,  
este es, Carlos, nuestro hijo;  
bien sabe, Carlos, el cielo,  
que la fe de ser tu esposo  
obligó mi atrevimiento.  
Soy tu hermana, así lo dice  
nuestro padre, así lo creo,  
Carlos, nuestro padre es Carlos;  
dadme los últimos besos,  
á Dios, mis ojos, á Dios,  
Carlos, que me voy muriendo.

*Niño.* A dónde me dexa, madre,  
que hace escuro, y tengo miedo?

*Fen.* Con vuestro padre, hijo mio:  
á Dios, Carlos, que bien veo  
que no me puedes hablar.

*Entrase Fenix.*

*Rey.* Qué es esto, Cesar, qué es esto?

*Ces.* Déxame llegar al niño,

no llore. *Rey.* Extraño suceso!  
*Ces.* Venid conmigo, mis ojos.

*Niño.* Es él mi padre?

*Rey.* No creo  
lo que estoy viendo.

*Ces.* Señor,  
no ha tenido buen efecto  
lo que habemos intentado.

*Rey.* Antes un milagro ha hecho,  
que ha sido, Cesar, abrirme  
del alma los ojos ciegos.  
Pensaba yo que quería  
Fenix á Carlos, haciendo  
para que no le quisiese  
invenciones que me han muerto;  
pues he venido á saber,  
no solo que se quisieron,  
mas que segun el testigo,  
se casaron de secreto.

O qué ocasion de venganza  
me habia ofrecido el cielo,  
sino fuera yo quien soy,  
y debiera á Carlos ménos!  
Carlos, Cesar, me ha servido,  
ya que he llegado á estar cierto  
de que Fenix es tan suya,  
ayudar á Carlos quiero.  
Toma ese muchacho en brazos,  
y el desengaño llevemos  
de mi amor.

*Ces.* Carlos, venid.

*Niño.* No, no, señor caballero,  
que Lauro me ha de llamar,  
y no Carlos.

*Ces.* Al qué efecto?

*Niño.* Porque si me llama Carlos,  
me conocerá mi agüelo.

*Vanse, y salen Carlos y Silvio  
de noche.*

*Carl.* Silvio, en la Corte has estado,  
aunque en aldea nacido,  
pienso que habrás aprendido  
á lo qué estás obligado,  
sabes sus preceptos bien?

*Sil.* Ya sé que se han de encerrar  
en ver, oír y callar,  
Carlos, y en sufrir tambien.

*Carl.* El mas importante olvidas.  
*Sil.* Cómo?

*Carl.* No te has de espantar  
de quanto vieres pasar,  
porque á lo discreto midas  
los sucesos de las cosas  
á la multitud que encierra.

*Sil.* Ya sé yo que nunca yerra  
quien sus fábulas hermosas  
mira sin admiracion,  
porque es querer ignorancia  
cifrar en corta distancia,  
cosas que tan grandes son.  
Si viese en París, señor,  
la cosa mas imposible,  
la juzgaria posible  
á la dicha y al favor.  
Aunque villano me coges,  
ya ser cortesano emprendo,  
las repúblicas entiendo,  
que son como los relojes.

Que el mismo gobierno corre  
de las mismas ruedas hecho  
para el que se trae al pecho,  
que para el que está en la torre.  
Solo está la diferencia  
en que cuesta mas cuidado  
el grande que el limitado,  
mas gobierno, y mas prudencia.

*Carl.* Segun eso, y que ha lucido  
en ese buen natural  
la Corte, á ocasion igual,  
mi crédito te ha traído.  
Laura un muchacho ha criado,  
que has visto no sin malicia.

*Sil.* Zelos me diéron codicia  
de averiguar su traslado,  
no te espantes.

*Carl.* Ni era justo,  
yo vengo por él, que soy  
su padre, y tú desde hoy  
su ayo. *Sil.* De serlo gusto,  
y de estar desengañado,  
que Laura en fin te ha querido.

*Carl.* De Laura este niño ha sido,  
y como tal le ha criado.

*Sil.* Ah, Laura, qué bien se vía,  
que el Palacio te agradaba!



qué fingida me engañaba,  
y matrimonio quería!

*Carl.* Pues cómo admirarte quieres?  
no es lo que los sabios hacen.

*Sil.* Dos cosas desde que nacen  
saben todas las mugeres.

*Carl.* Y son?

*Sil.* Baylar y engañar.

*Carl.* Silvio, contra los precetos  
hablas, los tres mas discretos  
son ver, oír, y callar.

Tú no lo dixiste así?

*Sil.* Sí dixé.

*Carl.* Pues oyé y calla.

*Salen un Capitan y dos soldados  
con arcabuces.*

*Cap.* Aquí dicen que han de estar.

*Sil.* Gente viene.

*Carl.* Aquí te aparta.

*Cap.* Qué gente?

*Carl.* Criados somos  
del Conde.

*Cap.* A estas horas andan  
fuera de casa?

*Carl.* Qué importa,  
si es la puerta de su casa?

*Cap.* Es Carlos?

*Carl.* El mismo soy.

*Cap.* Pues dadme, Carlos, las armas,  
que os manda prender el Rey.

*Carl.* A mí? *Cap.* A vos.

*Carl.* Por qué?

*Cap.* No mandan  
los Reyes dar la razon  
porque prenden.

*Carl.* Cosa extraña!

Entra Silvio, y dile al Conde,  
que el Capitan de la guarda  
por orden del Rey me prende.

*Sil.* Si has hecho cosa tan mala,  
que te cueste vida y honra;  
saquemos, Carlos, la espada,  
que es mejor honrosa muerte,  
que la vida con infamia.

*Carl.* Estoy inocente, Silvio.

*Sil.* Pues yo diré lo que pasa.

*Carl.* Solo esta espada he traido,

pues me la pedis, tomadla,  
que con quien ella le sirve,  
no pienso yo que le agravia.

*Cap.* Esto me ha mandado el Rey;  
vamos.

*Carl.* Sin duda es la causa  
haber sabido que Fenix  
es mi muger y mi hermana.

*Vanse, y salen el Rey, Lisarda y  
Cesar.*

*Rey.* Mucho me agrada, Condesa,  
tu intento, pero no creo  
que podrá ya tu deseo  
salir con tan justa empresa.

*Lis.* De haberte dicho me pesa,  
que pagando su aficion  
he tenido inclinacion  
á Carlos para casarme,  
viendo que quieres negarme  
cosa tan puesta en razon.

No es Carlos hijo del Conde  
Arnaldo? Luego es mi igual,  
porque con ser natural  
á su valor corresponde.

De aquí imagino que donde  
hubo fuego como en tí,  
aun hay reliquias, que aquí,  
lo que es justo concedieras,  
si envidia del no tuvieras,  
y agora zelos de mí.

*Rey.* Engañada estás, Lisarda,  
y pésame que á tu boca,  
salga presuncion tan loca.

*Lis.* Pues qué es lo que te acobardá  
para no casarme?

*Rey.* Aguarda,  
que muy presto lo sabrás.

*Ces.* Señora, engañada estás,  
porque si posible fuera,  
el Rey á Carlos te diera,  
aunque tú mereces mas.

*Salen el Capitan, Soldados y  
Carlos.*

*Cap.* Aquí, señor, he traido  
de donde mandaste preso  
á Carlos.

*Rey.* Qué allí le hallaste?

*Cap.* Si señor.

*Lis.* Preso, qué es esto?

*Carl.* Aquí vengo, gran señor,  
preso, aunque inocente vengo.

*Rey.* Inocente? *Carl.* Ya sé yo,  
que estan los hombres sujetos  
á testimonios, á envidias  
de enemigos, y aun de deudos.  
Algo te han dicho de mí,  
que si me escuchas primero.

*Rey.* No., Carlos, no quiero oírte,  
yo sé la causa que tengo.

*Lis.* Quiere decirmela á mí  
vuestra Alteza? esto le ruego  
por todo el amor pasado.

*Rey.* Lisarda, es cierto secreto  
que he de decir á su padre,  
y Carlos y yo sabemos.

*Cap.* Dónde manda vuestra Alteza  
que lleve á Carlos?

*Carl.* Hoy llego  
de mi vida al postrer punto.

*Rey.* Esté por agora puesto  
en la torre de Palacio.

*Salen el Conde, Fenix, Laura y  
criados.*

*Fen.* Quando esto parezca extremo  
de amor, ser padre es disculpa.

*Cond.* Fenix, temeroso llego.  
Supe la prision de Carlos,  
y á vuestra Alteza confieso,  
que fué milagro en mis años  
no quedarme entónces muerto.  
Carlos preso á tales horas?

*Fen.* Señor, como hermana puedo  
decir, que en toda mi vida  
tuve mayor sentimiento.

*Rey.* Y como Fenix, quien duda  
que lo habreis sentido?

*Cond.* Creo, que estais, señor, olvidado  
con los cuidados del Reyno,  
no del servicio de Carlos,  
sino de nuestro concierto.  
Sabeis lo que me dixiste?

*Rey.* Sí, Conde, todo lo entiendo,

sé que Carlos me ha servido,  
y que la vida le debo,  
sé que os dixeste que gustaba  
para cierto pensamiento,  
de que dixerades, Conde,  
que era Carlos hijo vuestro.

*Cond.* Señor, aunque no es mi hijo,  
que sepais y es justo quiero,  
que por hijo de mi hermano,  
en tal opinion le tengo.

Mi amor es notable á Carlos,  
pero pues vos le habeis preso,  
confesando que la vida  
le debeis, yo me resuelvo  
á ser su mismo verdugo.

*Rey.* El delito, yo os confieso,  
que tiene alguna disculpa,  
pero ya sabeis que debo  
hacer justicia, soy Rey.

*Cond.* Señor, si acaso merezco  
por canas y por servicios  
á vuestros padres y abuelos  
saber lo que es, os suplico  
me lo digais. *Rey.* Antes pienso  
haceros, Conde, juez.

*Cond.* Pues si lo soy, os prometo  
que no tenga el padre Alcalde,  
pues no lo soy.

*Rey.* Oídme atento.

Aquí se quejan que Carlos  
desleal, y de amor ciego,  
con la hija de un amigo  
se ha casado de secreto.  
Y que tiene della un hijo,  
que fué testigo tan cierto,  
que le he examinado yo;  
pareceos que es bien con esto,  
que porque me dió la vida,  
y lo sabe todo el Reyno,  
dexe yo de hacer justicia?

*Cond.* Señor, siendo vos mancebo  
juzgais delitos de amor  
con tanto desabrimiento?  
Ese rigor, esa furia  
dexadla para los viejos,  
que ya con helada sangre  
no saben que no lo fueron.  
Quién puede ser ofendido

en el honor, que á desprecio  
tenga el dar su hija á Carlos  
mi sobrino y vuestro deudo:  
que sabeis que yo lo soy?

*Rey.* Eso sí que es ser juez recto?  
mas pareceis abogado.

*Cond.* Pues, señor, quando yo temo  
que ha sido Carlos traidor,  
ó que á algun Príncipe ha muerto,  
veo un delito de amor;  
qué he de hacer?

*Rey.* Cesar, traed luego  
el testigo.

*Ces.* Voy por el.

*Cond.* Qué testigo! que os prometo  
que yo en cosas naturales  
del primer bozo me acuerdo,  
nunca juzgo por las canas.

*Sale Cesar con el niño.*

*Ces.* Aquí está el testigo.

*Cond.* El cielo  
le guarde, qué buen testigo!  
yo á lo ménos ya estoy tierno,

y casi de verle lloro,  
es posible que su abuelo  
pide justicia de Carlos,  
mirando un ángel tan bello?

*Rey.* Perdonaradesle vos,  
buen Conde, si fuera vuestro?

*Cond.* Y pienso echarme á los pies  
del ofendido soberbio.

*Rey.* Mirad lo que decís, Conde,  
que es el niño nieto vuestro.

*Cond.* Pues, señor, lo dicho dicho,  
en los brazos me le llevo.

*Rey.* Carlos, vos sois Condestable  
de Francia, á Lisarda ruego  
que trueque á Carlos por Cesar.

*Sil.* Pues yo con Laura me quedo,  
ya que el niño tiene padre.

*Lis.* Lo que es tu gusto obedezco.

*Carl.* Quién podrá alabar, señor,  
tu valor y entendimiento?

*Fen.* Quien supiere quanta dicha  
fué siempre servir á buenos,  
con que la comedia acaba,  
senado, á servicio vuestro.

FIN.

*Se hallará en la Librería de Castillo, frente las  
Gradas de S. Felipe el Real, y en el Puesto de San-  
chez, calle del Príncipe.*